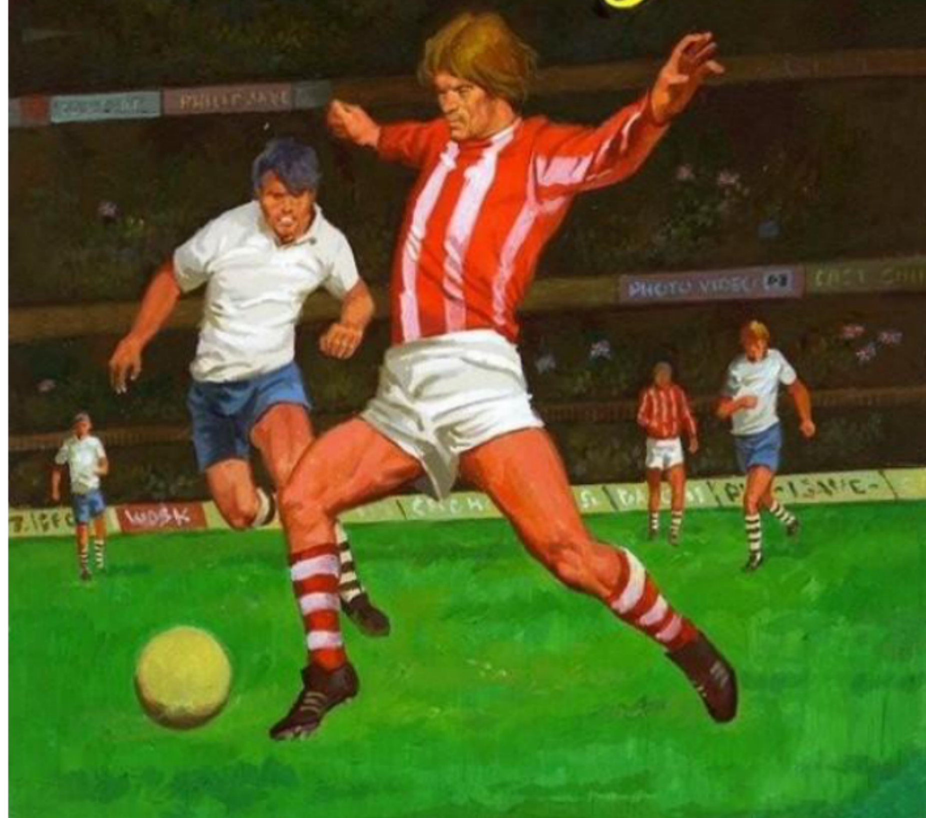
BRUGUERA

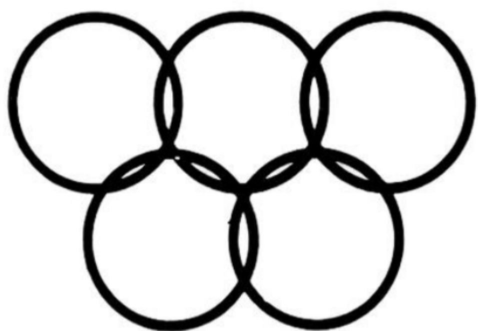
BOLSILIBROS

ACCION

HISTORIA DE UN CRACK

Lem Ryan





COLECCION
DOBLE JUEGO



ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

53 — La mordedura de la serpiente. Lem Ryan.
54 — Te haré besar la lona. Alex Simmons.
55 — El as italiano. Joseph Berna.
56 — Lucha hasta el fin. Lucky Marty.
57 — Ringo. Curtis Garland.

LEM RYAN

HISTORIA DE UN "CRACK"

Colección
DOBLE JUEGO n.º 58
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 9.467-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1983
2.ª edición en América: noviembre, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1983

PRÓLOGO

Estaban perdiendo.

El cero-cero que desde el comienzo del encuentro arrastraban no era en absoluto favorable. El equipo rival sí ganaba con el empate. Y mucho. Nada menos que el título de campeón de la Liga británica, un título muy codiciado por todos —o casi todos— los equipos ingleses.

No era justo.

Perder el campeonato por unos puntitos era una injusticia después de lo mucho que habían luchado todos aquellos hombres. Pero así era el fútbol. Por un solo partido, puedes perderlo todo.

El equipo de la camiseta azul estaba frenético. No podían, no querían perder.

Se lanzaban al ataque como desesperados, buscando un hueco por dónde colarse cerca de la meta contraria, intentando desesperadamente conseguir el tanto que les adelantaría el triunfo.

Pero, por desgracia, el otro equipo, el verde y azul, estaba más tranquilo. Su juego era más pausado y seguro, sin precipitaciones que podrían resultarles fatales. Parecían conformarse con el empate.

Roger McDonald, el entrenador del equipo azul, un hombretón moreno y ya maduro, sudaba copiosamente, mirando nervioso el mal juego que estaban efectuando sus hombres. Después, su mirada se posó en el reloj de pulsera que tenía en la muñeca izquierda.

Veinte minutos.

Llevaban ya veinte minutos de juego del primer tiempo. Veinticinco minutos más y las posibilidades de ganar, tanto el encuentro como la Liga, disminuiría si el resultado se mantenía.

El marcador seguía estacionado. Roger leyó:

—*Liberty*, cero; equipo visitante, cero.

Equipo visitante, cero.

Y ellos, precisamente, eran el equipo visitante. Él, y aquellos once bravos muchachos que intentaban con todas sus fuerzas hacerse con la victoria, sin conseguirlo.

Ellos, el *English Unión Foot-Ball Club*, eran los perdedores.

—Es inútil —oyó murmurar a Robert Cameron, uno de los tres hombres que estaban sentados junto a él en el banquillo—. Perderemos.

McDonald le miró con reproche.

—Aún no he terminado el partido —argumentó, algo seco—. No

debemos ser fatalistas. Nuestros hombres pueden conseguirlo.

—Sabes muy bien que eso no es así. Están desarmados, les falta un galvanizador que les haga luchar, que saque a relucir el gran juego que siempre, en todos los partidos, ha demostrado poseer la *English Unión* —parecía triste, casi apesadumbrado, el suplente—. Y ese galvanizador se llama Bobbie.

McDonald cerró los ojos. No contestó porque no hacía falta. Él sabía que aquel jugador tenía razón.

Bobbie...

Se refería a Bobbie Star, naturalmente, el delantero centro del equipo azul.

No estaba ahora en el campo. Su puesto lo ocupaba ahora O'Connors dentro del gran rectángulo donde tenía lugar aquel partido decisivo.

Bobbie Star, el número 9 dentro de la *English Unión*, no ocupaba aquel día su lugar habitual en el terreno de juego. Él, que ya había sido llamado por la mayoría de los medios informativos ingleses el nuevo crack británico, no marcaría ningún gol en la portería del *Liberty*.

¿Por qué?

La versión oficial era que el gran jugador se lesionó el tobillo el día anterior. Pero era solo eso: la versión oficial. La realidad era muy distinta y la conocían pocas personas. Unas de esas pocas era Roger McDonald, que durante aquellos críticos minutos recordó lo sucedido.

Por su mente aparecieron, como *flashes*, los sucesos acaecidos días antes.

CAPÍTULO PRIMERO

La historia empieza con las semifinales de la Liga. Estas tuvieron lugar una semana antes, y en ellas se decidía cuáles serían los equipos que se enfrentarían como aspirantes a campeón de Liga.

El primer encuentro fue ganado por el Liberty al derrotar al *Manchester United* por la mínima diferencia: un gol. De este modo, el equipo verdiazul se colocaba a la cabeza de la clasificación como líder.

El siguiente partido tuvo como rivales al *English Unión* y el *Empire*'*s Champions*. Ambos equipos fuertes, muy igualados y con estrellas indiscutibles del balón entre sus filas.

Aquel día, Bobbie Star sí estuvo en las filas del equipo azul, con el número nueve grabado en blanco en la espalda. Y su actuación fue, sencillamente, soberbia.

* * *

Primero salieron al campo los hombres del *Empire*'*s Champions*, con su camiseta rojiblanca, siendo vitoreados por el público allí congregado, la mayoría hinchas de aquel equipo.

Era el partido de vuelta y se llevaba a cabo en terreno rojiblanco. En el de ida, ambos equipos quedaron empatados a uno.

Después, los que evolucionaron por el terreno de juego fueron los del *Unión*, recién salidos de los vestuarios. Se hicieron algunas fotografías y comenzaron el precalentamiento.

Entre aquellos hombres estaba Bobbie Star, el joven jugador de fútbol ya conocido como el crack inglés. En esos momentos se santiguaba y se reunía con sus compañeros frente al área de la portería que les había tocado por sorteo.

Antes de salir había estado hablando con el entrenador, ultimando las estrategias a seguir durante el partido.

Salieron entonces los colegiados, hablando entre sí. El árbitro, sin esperar más, llamó a los capitanes de ambos equipos. En el *Unión* era McGraft, el número 5. Por parte del *Champions*, se trataba del delantero centro.

Los jueces de línea se retiraron del terreno de juego, mientras, con ayuda de una moneda, se elegía quién movería primero el balón.

La fortuna eligió al *Champions*.

El partido, pues, estaba a punto de comenzar. Solo faltaba la orden del

colegiado, que no tardó en producirse, cuando ambos equipos se hallaban preparados para comenzar.

El *Champions* movió la pelota por mediación del capitán, que adelantó el balón, mandándoselo a otro jugador. Y este abrió el juego hacia la izquierda, en un pase largo, perfecto, que permitió el arranque del jugador rojiblanco que recibió el balón.

El interior derecho del *Unión*, Kendall, no dudó en meter el pie y robar la pelota al jugador del equipo contrario, que corrió tras él como un loco. Pero no llegó a tocar el balón. Kendall mandó el esférico a su capitán, en el centro del campo.

McGraft pasó la línea central que separaba los dos terrenos de cada equipo como un bala, profundizando cada vez más en campo enemigo. La mayoría de los jugadores del *Champions* bajaron a defender.

Star estaba junto a McGraft, corriendo a su lado, un poco a la derecha. El capitán advirtió enseguida el guiño que el joven jugador le dirigía, en señal de complicidad.

McGraft aminoró la marcha. Un defensa estaba ante él, con la intención de no dejarle pasar hacia su portería.

La defensa rojiblanca estaba bien estructurada. Formaban una especie de triángulo, el defensa central y, tras él, otros dos hombres. Los demás, marcaban a los jugadores atacantes.

Bobbie Star pasó como una exhalación ante su compañero, en oblicuo, arrebatándole la pelota y penetrando de este modo aún más en el área enemiga. Vio venir hacia él a los defensores, dispuestos a todo.

Y, contra lo que esperaban los jugadores del equipo contrario, no mandó la pelota hacia ninguno de sus compañeros adelantados. Al contrario, la rechazó de un fuerte taconazo, desconcertando a los defensas del *Champions*, devolviéndosela a Bota de oro McGraft.

El líbero de la *Unión* se encontró con un balón de incalculable valor al alcance de su bota. La defensa estaba descolocada. Un hueco enorme estaba entre él y el guardameta.

No lo dudó. Su pie se disparó, impactando con violencia en el cuero del esférico, saliendo este como un proyectil, recto hacia la portería... ¡y siendo parado, en última instancia, por el guardameta del *Champions*, en la primera intentona de gol del partido, a cargo del equipo azul!

McGraft dio una amistosa palmadita en el hombro a Star.

—Gracias por ese balón, muchacho. Esta vez no hubo suerte, pero espero que la próxima...

—No lo dudes, Oliver —respondió—. Ganaremos.

McGraft miró al muchacho, sonrió y se alejó corriendo, mientras el cancerbero del club rojiblanco enviaba la pelota a uno de sus compañeros.

El defensa envió la pelota por alto a la otra punta del campo, hacia el

medio lateral izquierdo, que, sin pensarlo, se la envió al número 8, en la posición teórica del medio volante.

El jugador no quiso perder el tiempo y se la mandó al extremo derecho, que se hallaba algo retrasado de su verdadera posición. Retrasó este de nuevo ante el acoso de Kosff, el fichaje alemán del *Unión*, que militaba en sus filas con el número ocho.

La pelota quedó de nuevo en los pies del rubio número ocho del *Champions*. McGraft corrió hacia él, dispuesto a arrebatarle la pelota. Tras él iba su marcador, el número 3 del cuadro rojiblanco.

El rubio jugador penetró aún más en el área de la *Unión*, sobrepasando la mitad del campo azul, perseguido por McGraft que, al ver lo peligroso de la situación, zancadilleó al atacante, incurriendo en falta.

El árbitro no dudó en pitar la falta y señaló el lugar donde debía colocarse la pelota, a unos diez metros escasos del frontal derecho del área de *penalty*.

Se formó la barrera defensiva. El encargado de picar la falta parecía ser el propio interior derecho, ya que se había levantado y estaba frente al balón. Pero también estaba, a su lado, el centrocampista del *Champions*. Uno de los dos sacaría la falta.

El árbitro dio la señal. El rubio jugador rojiblanco corrió hacia la pelota. Lo mismo hizo su compañero del dorsal número cinco. Y fue este último el que chutó, al rebasar su compañero el balón, enviado la pelota a la izquierda, donde otro jugador de su mismo equipo se encargó de lanzar sobre el portal de la *Unión*.

El balón se convirtió en un auténtico proyectil que, de no ser por la rápida intervención del guardameta Harrison, se hubiera transformado en gol. Un ¡uy! decepcionado brotó de las gradas al mismo tiempo que el cancerbero azul desviaba la trayectoria del balón en una parada magistral. Pero no se pudo evitar el córner.

Todos los jugadores del *Unión* bajaron a defender su meta, salvo Star y McGraft, que aguardaban en el centro del campo, a la altura de su propio semicírculo central.

El saque de esquina fue efectuado por el número seis del conjunto rojiblanco. La pelota salió bombeada, un poco abierto el disparo. La cabeza de un defensa azul rechazó el ataque. Pero el esférico quedó parado en la bota de un contrario, que abrió el juego hacia la izquierda, donde se hallaba un compañero que intentaba desmarcarse.

Cortó el número dos azul, llevándose el balón con gran zancada, controlándolo. Pero optó por un ataque más rápido y lanzó el esférico hacia el centro del rectángulo de juego, donde lo recibió la estrella del equipo azul: Bobbie Star, el pequeño jugador que, a la corta edad de sus veintitrés años, ya era llamado «crack».

Controló este el balón, pasando a terreno contrario, corriendo como loco para intentar pillar descolocados a la defensa rojiblanca. Estos le seguían, igual que sus propios compañeros.

La penetración de la joven figura de la *Unión* era peligrosa. Por eso, su marcador, el defensa central del *Champions*, se encaró con él, agarrándolo por la camiseta. Star sintió el tirón e intentó zafarse. Pero al ver que no lo lograba, envió el balón a Bota de oro.

No hizo falta.

El silbato arbitral, sin conceder la famosa «ley de la ventaja», señaló la falta. La negra figura del colegiado se acercó a ellos y hubo una dura amonestación verbal al defensa rojiblanco.

Bobbie sonrió, mientras colocaba la pelota en el punto señalado por el árbitro. Sacó sin prisas, enviándosela a Kosff, el rubio alemán llamado Tigre por los periódicos británicos, que se desmarcaba en esos momentos. Pero el error de la defensa del *Champions* fue subsanado al instante, al cortar una bota rojiblanca un pase del teutón.

El contragolpe del *Champions* fue rápido, pero el propio Kosff se ocupó de entrar al jugador atacante que llevaba el esférico, enviando este fuera de banda.

El mismo jugador del *Champions* se ocupó de sacar con las manos a uno de sus compañeros, un medio en posición de interior derecho. Este evitó la entrada de McGraft, dejando atrás al capitán azul, y se internó en el campo contrario. Ante el acoso de Kendall, mandó el balón a su capitán, el número nueve del *Champions*, que se lo devolvió una vez rebasado el jugador azul, en una pared perfecta.

Se internó en el área. Hizo un pequeño regate y retrocedió unos metros con el balón. Lo envió fuerte a la derecha, donde esperaba el diez del *Champions*. Al mismo tiempo, se internaron aún más en el área, intentando abrir brecha en la defensa de la *Unión*. Un jugador azul iba junto a él.

El capitán rojiblanco elevó el balón. El medio saltó, al mismo tiempo que lo hacía su marcador azul, con intenciones contrarias. Pegó el jugador del *Champions* con muy buena puntería.

Saltó Harrison, intentando despejar de puños. Pero lo hizo mal y, aunque desvió el balón, este cayó muerto a los pies del número cuatro atacante, que aprovechó la ocasión, enviando el cuero contra las mallas, en tiro raso, ante la desesperación del portero azul.

—¡GGGOOOOOLLLLLL...!

El estadio entero vibró ante el júbilo desatado de los seguidores locales. Aparecieron banderas rojiblancas en la mayor parte de los graderíos. Y, al mismo tiempo, el jugador autor del tanto desaparecía ante la alegría de sus compañeros, sepultado bajo ellos.

La alegría era evidente en el banquillo rojiblanco, en contraste con la

tensión reinante en el contrario, donde Roger McDonald lanzaba instrucciones a sus muchachos a grito pelado.

McGraft, el capitán de azul, se acercó a Star.

—Roger dice que procures engañar a tu marcador y que, por ninguna razón, bajes a defender. Los demás muchachos tienen orden de pasarte el balón cuando te encuentres desmarcado.

El moreno jugador hizo un gesto significativo con los hombros.

—Haré lo que pueda —dijo—. Pero Hackett es muy astuto. Será difícil escapar.

—Inténtalo —le animó Bota de oro, aunque su semblante reflejaba preocupación—. Si perdemos el partido, nuestras posibilidades de ir a la final se esfumarán.

Bobbie asintió.

—Le sé —afirmó el joven, cuando ya el colegiado señalaba el centro del campo—. Es necesaria la victoria.

A partir de aquel momento, el partido se hizo más tenso y calculado. Ninguno de los dos equipos quería perder el balón. El *Champions* para conservar aquellos dos puntos de oro, por lo que intensificó la defensa, replegándola, aunque sin renunciar al ataque, pese a que prefería ir a lo seguro. La *Unión*, en cambio, lo que hizo fue lanzarse en tropel contra el marco contrario, aunque preparados para una buena defensa, que no escamoteaba medios.

Hubo de todo en los siguientes minutos del encuentro; una tarjeta amarilla a Kosff, el Tigre alemán, por una dura entrada a un contrario, al que llevaron lesionado del menisco y tuvieron que sustituirlo, tiros fallidos sobre la portería rojiblanca, que se perdían en las nubes o rozando la meta, disparos de mala suerte, con rebote en los palos, faltas y *corners* sin consecuencias... Todo ello en ataque azul, que sin duda llevaba el dominio, pero que no conseguía estrellar el esférico en las mallas.

Un contraataque del *Champions*, por un barón rebotado y aprovechado por un jugador del cuadro rojiblanco, pudo ocasionar un serio susto para el equipo azul, al tirar el susodicho jugador a puerta vacía, con el guardameta batido por una salida precipitada. Pero, en última instancia, el gol fue salvado por Gordon, el defensa teórico de la *Unión*, en ocasiones incorporado al ataque, en un despeje de cabeza que salió por la línea de gol.

El saque de esquina se sacó sin problemas para el guardameta Harrison, que lo blocó en el aire con seguridad.

El árbitro miró su reloj. Faltaban nueve minutos para el final del primer tiempo.

Fue precisamente entonces cuando se produjo el ataque azul. Un jugador del cuadro entrenado por Roger McDonald lanzó con las manos un saque de banda favorable a su equipo. Gordon, el número tres, lo recibió,

parándolo con el pecho y controlando el balón.

Allí era peligroso perderlo, pues se encontraba en propio campo. Por eso se lo pasó sin dudar al mismo que se lo había dado, ya metido en el rectángulo de juego, para evitar la entrada del delantero centro contrario.

Este se lo pasó a Kosff, que se hallaba a pocos metros del círculo central. El alemán hizo ademán de hacer lo mismo con Star, pero se lo pensó mejor y penetró en jugada personal en campo enemigo. Controló el balón, estuvo a punto de perderlo ante el defensa central del *Champions*, pero logró rehacerse con él.

En esos momentos el crack del equipo azul se escapaba como, un ratón del férreo marcaje de Hackett, que se había alejado un poco para intentar ayudar a sus compañeros a apoderarse del balón. Kosff lo advirtió y mandó de un fuerte *chut* la blanca esfera de cuero al joven jugador.

Hackett estuvo a punto de parar con la bota el pase, pero no fue lo suficiente rápido. Star se hizo con el dominio del balón y profundizó en campo, contrario, corriendo como un gamo, en posición de interior izquierdo.

Un hombre de camiseta blanca y pantalón rojo se interpuso ante él. Star se detuvo, hizo un amago con la pierna derecha y golpeó el cuero con la izquierda. El esférico pasó entre las piernas abiertas del defensa del *Champions*, en un túnel magnífico, mientras Star saltaba con gran agilidad por encima de la pierna que intentaba en último término zancadillearlo.

Volvió a apoderarse del blanco objeto y protagonista indiscutible del encuentro, internándose aún más por la banda izquierda del rectángulo del césped.

Hackett se acercó con potente zancada a la pequeña superestrella de la *English Unión* y, cuando estuvo a su altura, cargó contra él, siempre corriendo. Bobbie pisó el balón, parándolo, y se revolvió, dando la espalda al defensa de camiseta blanca, peligrosamente cerca de la banda lateral.

Hackett intentó meter el pie para mandar la pelota fuera. Pero un instante antes, Star la desplazaba unos metros hacia su izquierda, para después volverla a detener y mandarla, de un ligero taconazo, ¡por entre las piernas abiertas del defensa Hackett, a pesar de hallarse a su espalda!

Corrieron ambos jugadores a por el balón, dificultándose el uno al otro. Star vio peligrosamente cerca a otro jugador del *Champions*.

Hackett tocaba ya el balón, cuando el moreno nueve del cuadro azul saltó colocándose ante su marcador y arrebatándole con facilidad el cuero de la punta misma de la bota.

Eludió a otro rojiblanco, metiéndose ya en el área de *penalty*, hizo un engaño, engañando a otro defensa, se cambió el balón de pie, a tiempo de evitar una dura entrada del guardameta, disparó con la zurda y...

—¡GGOOOLLLL! —gritaron al unísono tanto los jugadores como la

afición azul.

¡GOL!

¡El tanto del empate, conseguido en una espectacular jugada personal del crack Bobbie Star, el dorsal número nueve del cuadro Uniónista! El júbilo de los *suporters* de la *English Unión Foot-Ball Club* es imposible de describir. Solo cabe decir que los gritos efusivos de ¡gol! se mezclaban con los silbidos enfadados y los ¡fuera, fuera! dirigidos al cancerbero del *Empire's Champions*.

El delantero marcador del gol del empate estaba tendido en el césped, tras la durísima entrada del portero, revolcándose con las manos en el estómago, contraído el rostro por una mueca de dolor. Sus compañeros acudieron inmediatamente a ayudarle, sin mostrar la menor alegría por ver el balón introducido en la portería.

El *penalty* era clarísimo, pero el colegiado dio por válido el gol, mostrando además la cartulina amarilla al portero, autor de la falta.

Star se incorporó, ayudado por su capitán, McGraft y Kendall.

—¿Te encuentras bien? —se interesó el interior derecho.

—Sí, ya sí —resopló el joven, soltándose de ambos—. ¡Qué burro...! Me pegó un puñetazo...

—Bueno —McGraft miró al joven—. Mejor que lo olvides; lo importante es que has marcado un gol fenomenal.

—Menos mal —sonrió Bobbie, ya recuperado—. No llegué a ver cómo se colaba dentro.

A partir de ahí, y hasta el final de los primeros cuarenta y cinco minutos, el *Champions* estuvo buscando marchar seguros de allí con un nuevo gol, que no encontró, pues el silbato arbitral, con unos segundos de retraso, marcó el final de la primera parte, con los marcadores electrónicos señalando el empate con sus dígitos luminosos.

Todos abandonaron el terreno de juego, entrando en los vestuarios. A la entrada de estos, un periodista abordó al delantero centro del equipo azul, pero Bobbie le dijo que no haría declaraciones hasta el final del encuentro.

Se metió en los vestuarios.

Una vez allí, todos sus compañeros, incluso su entrenador, le felicitaron por el gol.

—Estoy seguro —comentó uno— de que todavía no se lo creen. Fue formidable.

Rieron. Bobbie bebió ávidamente el agua de la cantimplora del masajista, echándose el resto en la cabeza, mojando sus cabellos negros.

—¿Te sientes bien ya? —preguntó McDonald, el entrenador, observándole atentamente.

—Por supuesto —rio el joven crack—. Tengo el estómago acostumbrado a cosas fuertes.

Todos rieron el chiste.

McGraft se acercó al entrenador, mientras se quitaba la sudada camiseta azul y se secaba con una toalla.

—¿Qué le ha parecido la primera parte? —le preguntó.

—Habéis jugado bien, pero parece que tengáis las patas torcidas —respondió—. Debéis apuntar mejor. Penetrad por los extremos, sobre todo el derecho donde la defensa parece más quebradiza. Y recordad: no tiréis a lo loco. Puede sernos fatal.

»Tú, Bobbie, sigue en tu posición, sin bajar a la defensa para nada. En cuanto te venga la pelota, no lo pienses; arranca hacia la portería. McGraft, tú procurarás estar cerca suyo, como hasta ahora.

»En cuanto a los demás, intentad el desmarque. Si logramos que uno de vosotros no llame la atención hasta encontrarse cerca del área, le pasáis sin dudarlo un instante. Pero solo cuando estéis seguros de que se halla desmarcado. ¿Entendido?

Asintieron con la cabeza.

—El empate tampoco nos favorece; sería solo un punto y necesitamos dos para ser finalistas. Es necesario ganar este partido.

—Lo intentaremos, Roger —habló el escocés, capitán del *Unión*.

Bobbie se despojó de la camiseta y también se secó el sudor.

—Pienso que sería necesario reforzar el centro del campo —opinó el joven libero—. Tanto Hackett como el 6, Carson, corren como diablos y están a sus anchas allí.

McDonald quedó pensativo.

—Sí, creo que tienes razón. Carson está marcado por Johnny, que no está acostumbrado al marcaje. Lo cambiaremos por ti, Cameron —le llamó—. Ya puedes comenzar los ejercicios de calentamiento. Nos hará falta un tipo todoterreno como tú en la segunda parte, que se encargue de Carson. No le dejes tocar el balón.

—De acuerdo —se mostró de acuerdo el veterano jugador.

Minutos más tarde, ya en el rectángulo de verde césped de nuevo, comenzó la segunda parte del encuentro *Empire's Champions-English Unión*, con el resultado inicial de empate a un gol. Las hinchadas de ambos equipos vitoreaban a grito pelado a sus favoritos. Banderas azules y rojiblancas —abundaban más estas últimas— ondeaban, al viento.

El segundo tiempo fue, si cabe, aún más interesante que el primero. Los jugadores de ambos equipos acusaban ya el esfuerzo, por lo que los marcajes ya no eran tan estrictos, salvo en el caso del número 6 rojiblanco, Carson, que no tocaba pelota, y si la tocaba, la perdía al instante, ya que Robert Cameron, el único jugador cambiado, estaba fresco como una lechuga y acataba a la perfección los consejos de su entrenador.

De este modo, los azules podían escaparse con más facilidad y llegar

con mayor rapidez a la portería contraria —la misma que ellos defendieron en la primera mitad del partido—, pese a que ellos también notaban el peso de los minutos en sus músculos.

Para ambos cuadros hubo sustos de todas clases, aunque, durante muchos minutos, el tablero electrónico mantuvo la igualdad.

Quince minutos después de que empezara la segunda mitad del partido, vino el segundo gol.

Cameron tenía el balón en los pies, tras un saque de meta que lanzó el portero, Harrison. Estaba en el centro del campo, en el círculo casi. No lo dudó. Entró con potente galopada en terreno rojiblanco, hizo la pared al centrocampista con ayuda de Kosff.

En la línea imaginaria del centro del campo contrario, hizo un pase en raso hacia McGraft. Bota de oro hizo lo mismo, sin parar, enviando el esférico a Bobbie Star, también incorporado al ataque, en la posición de extremo izquierdo.

Cameron se metió en el área, al mismo tiempo que el joven Star bombeaba el balón hacia él. Saltaron dos defensas. Lo mismo hizo Cameron, al ver que salía el meta rojiblanco.

Parecía que iba a tocar con la cabeza, pero no fue así. Se agachó antes, dejando pasar el balón. Olson, el once azul, se encontró con el balón en los pies con una oportunidad única al alcance de su bota.

Engatilló el disparo. El portero trató de impedir la acción y se tiró en un *plongeon* espectacular hacia el balón. Pero, en el último momento, el jugador corrigió sus intenciones y, en lugar de tirar raso, bombeó el esférico.

El portero manoteó, desesperado.

De nada le sirvió, la pelota se introdujo mansamente en la portería, botó dentro y se estrelló en la red, sin fuerzas casi.

Rugieron de alegría los seguidores de la *Unión*, ante aquel tanto que significaba una oportunidad de victoria, de esperanza, y que pronto subió al tanteador electrónico del estadio. El goleador creyó morir ahogado ante los abrazos de sus compañeros.

Era el gol que inclinaba la balanza a favor del equipo azul. Una balanza que debía mantenerse así.

Roger McDonald casi lloró de alegría, emocionado ante la posibilidad de ganar el partido.

Pero aún no había acabado el partido. Faltaban treinta minutos de acoso y tensión entre ambos cuadros. A pesar de eso, de los intentos desesperados del *Champions* por volver a equilibrar el tanteo, la victoria era para la *Unión*, como lo demostró el siguiente gol, que alejó aún más las posibilidades del equipo rojiblanco.

Después de un fuera de juego de tres jugadores del *Unión*, la pelota

quedó en poder de un jugador de camiseta blanca. Profundizó este hacia un compañero situado en terreno azul —o *blue*, en inglés—, muy cerca de la línea media de dicho campo. Paró con el pecho al atacante, se revolvió, buscó una nueva posición de disparo... Pero ante la salida de Ken, el medio izquierdo teórico, integrado en la defensa, pasó a otro jugador que se hallaba en la posición del volante derecho.

Cortó entonces Kosff de un fuerte patadón, que llegó hasta Curtis, el extremo derecho —y, por tanto, el número 7—, que se encontraba algo retrasado, pero en campo contrario. Recogió para su equipo, abriendo inmediatamente el juego hacia la izquierda, donde estaba. McGraft, que recibió el balón en un pase magistral.

Intentó recuperar Hackett para los rojiblancos, pero McGraft lo fintó, adelantó algo el balón y chutó hacia la portería defendida por el guardameta del *Champions*.

Despejó este, muy seguro, esperando que recogieran el balón sus compañeros para iniciar el contraataque. Pero... ¡una figura vestida de azul pasó como una exhalación entre los defensas rojiblancos que intentaron pararlo incurriendo en falta!

Cayó Bobbie Star, pero, en su caída, tocó el balón con la cabeza y, mientras el jugador mordía el césped aparatosamente, el esférico se coló en la portería del *Champions*, cuyos jugadores no podían creer lo que veían y, por tanto, no pudieron ni moverse.

Ese fue el gol que dio la victoria y la oportunidad de jugar la final de la Liga británica de Primera División al equipo azul. Y todo ello, gracias a un joven moreno, de cabellos largos, de metro sesenta y nueve de estatura y buena forma física.

Gracias a Bobbie Star.

CAPÍTULO II

Aquella noche se celebró la fiesta. Una fiesta para celebrar la victoria y para desear suerte en la finalísima.

Después de una tarde ajetreada, en la que los periodistas zumbaban a su alrededor como moscones, sin encontrar descanso en ningún sitio, lo único que no deseaba Robert Taylor era acudir a una fiesta. ¡Si estaba hecho polvo...! Hasta los amigos le habían felicitado aquella tarde por su actuación, impidiéndole tenderse, aunque solo hubiera sido una horilla, a descansar.

Y ahora, para colmo, la fiestecita de marras.

De buena gana lo hubiera mandado todo a la mierda: la fiesta, los periodistas, los amigos... Pero, claro, después tendría que pagar las consecuencias.

Optó, pues, por ir a la fiesta.

«Aunque maldita la gracia que me hace», gruñó para sí, cansado.

Sí, iría.

«Pero media hora después me largaré —se dijo, convencido—. ¡No faltaba más!»

Así pues, se embutió en uno de los trajes más elegantes que encontró en su armario ropero, mientras renegaba entre dientes:

—Maldita sea, parezco un pingüino.

Tal opinión la corroboró su hermano Charlie, un muchachote de quince años, cuando parecía que iba a troncharse de risa ante la visión de su hermano mayor. Entre carcajada y carcajada, dijo algo muy parecido a lo que él afirmara minutos antes.

Su madre reprendió al chico, aunque no pudo impedir que siguiera carcajeándose.

—No te preocupes, Robert —dijo, ante el gesto divertido del joven—. Estás muy guapo con ese traje.

—No te esfuerces —negó con la cabeza el joven—. Sé que parezco un pingüino pero tengo un consuelo: también ellos parecerán pingüinos.

Poco después, salía de la casa en que vivía, allí, en las afueras de Chelmsford, en plena campiña inglesa casi, y sacó del garaje su Morris rojo, para alejarse instantes más tarde, tomando la carretera hacia Witham.

Media hora más tarde, estaba ante la lujosa casa de Spencer Konway, el presidente del club azul, donde se celebraría la fiesta.

Eran poco más de las ocho pero ya el cielo estaba oscuro, como suele

estarlo en pleno otoño. La luna, en cuarto creciente, estaba alta en el cielo, rodeada por todo un cortejo de estrellas.

Aparcó el coche fuera de la finca de los Konway, al lado de la carretera. Allí ya había varios automóviles estacionados.

La finca estaba rodeada por una gran verja de acero, con una puerta entre dos pilares, que era la única entrada. Taylor pulsó un botón que sin duda servía para llamar y esperó contestación por el altavoz.

—¿Su nombre, por favor? —oyó una voz amable, aunque alterada por inflexiones metálicas.

—Robert Taylor —contestó—, jugador profesional de la *English Unión*.

La puerta metálica se abrió, permitiendo el paso al jugador.

Instantes después, estaña ante la entrada de la fastuosa mansión de los Konway. Estaba abierta y el propio Spencer Konway le esperaba en la puerta, elegantemente vestido, sonriendo.

—Ah, señor Taylor —su sonrisa aún se hizo más amplia al verle—. Encantado de tenerle en mi casa.

—El honor es mío —devolvió la pelota el joven, mientras entraba en la mansión del presidente de la *Unión*—. Excúseme si llego antes de la hora prevista.

La mano tendida de Robert apretó con calor la de Konway, mientras este comentaba:

—No se preocupe; es cierto que llega pronto, pero así es mejor —le invitó y guio por la gran cosa—. Además, no es usted el primero.

Llegaron al *living*. Allí había varias personas.

Saludó a Roger McDonald, su entrenador. Este estrechó su palma con energía. Parecía radiante.

—Me alegro de que hayas llegado antes de tiempo, Bobbie. Te quiero presentar a alguien.

Una persona se levantó de uno de los muchos sillones que llenaban la estancia. Robert la miró y quedó impresionado.

Era... una mujer.

«Pero... ¡Qué mujer!», se dijo, mientras la admiraba.

Joven, de unos veinte años, no muy alta —uno sesenta y algo—, de cabellos color castaño y ojos verdes: así era. Vestía como cualquier muchacha, con una camisa estampada y pantalones vaqueros, muy ajustados a sus poderosas carnes.

Sonreía.

¡Le sonreía a él!

Por un momento creyó estar soñando.

La voz de Roger le devolvió a la realidad. Y en esa realidad, seguía existiendo la muchacha, que continuaba sonriendo, mostrando su blanca y

sana dentadura, enmarcada por los rojos y gordezuelos labios.

—Bobbie, te presento —decía su entrenador— a Valentine, mi hija.

Robert miró con asombro a McDonald.

—No sabía que tenías una hija.

—Tú nunca me lo preguntaste.

—¿Eres de verdad Bobbie Star? —preguntó la joven, al tiempo que estrechaba su mano.

—Así me llaman; pero mi verdadero nombre es Robert Taylor, aunque prefiero que me llamen simplemente Bobbie.

Entonces, y para su sorpresa, la muchacha le abrazó, rodeándole el cuello con ambos brazos, y le dio dos efusivos besos (en las mejillas, se entiende).

—¡Oh, me alegro tanto de conocerle! —dijo la joven, mientras se apartaba de él—. Mi padre me ha hablado mucho de ti y hoy se siente eufórico por tu causa.

Robert comenzó a enrojecer. Miró a Roger. Sonreía.

—Yo también me alegro de conocerte.

—Lo mismo que dice Valentine siento yo, señor Taylor.

Miró al personaje que había hablado. Era un tipo de su edad, aproximadamente, aunque de más altura física. Era moreno, como él mismo, pero tenía el pelo corto. No como él, que ya tenía la cabellera por los hombros, aunque no se notaba demasiado por los rizos.

—Te presento a George Bellamy, el prometido de Valentine —terció Roger—. Es estudiante de derecho, como mi propia hija.

—¿Derecho? —apretó su mano sin demasiado entusiasmo—. ¿Qué curso?

—Cuarto.

—¿Alguna especialidad?

—Criminología —contestó, casi orgulloso, el joven estudiante.

—A mí también me hubiera gustado estudiar —suspiró el crack—. Pero siempre preferí el fútbol. Yo, sin un balón en los pies, no soy nada.

—Pero con él es usted el ídolo de millones, incluyéndome a mí —sonrió Bellamy.

—Gracias por el cumplido —una sonrisa irónica curvaba sus labios—. Pero no me gusta sentirme un ídolo.

Spencer Konway puso una mano en su hombro, mientras decía:

—Bien, ahora que ya se conocen... ¿qué les parecería si nos sentáramos a charlar y tomar algo mientras esperemos a los demás?

Así lo hicieron. Una criada trajo unas bebidas. Robert rehusó el alcohol, pero tampoco tomó una limonada que le ofrecieron. Se inclinó por un café, igual que la joven Valentine.

La conversación, naturalmente, marchó por derroteros deportivos.

Futbolísticos, mejor dicho. Y Bobbie asistió con horror a una aburridísima charla donde solo se hablaba del próximo partido que habrían de disputar.

Todos hablaban sobre ello. ¡Incluso Valentine, que parecía muy ducha en temas deportivos!

«Claro —se dijo a sí mismo el joven—, teniendo un padre que en sus tiempos fue una figura en el mundillo del fútbol...»

Estuvo a punto de bostezar, aunque se contuvo con esfuerzos sobrehumanos. Cierto que le gustaba el fútbol. Si no hubiera sido así, no habría dedicado su vida a correr detrás de un montón de cuero. Pero pensaba que existían temas más adecuados para una conversación.

Ya era demasiado que, siendo futbolista, de lo único que hablase fuese del fútbol.

Bellamy se dispuso a fumar y le tendió el paquete.

—¿Quiere...? —preguntó.

Robert sonrió, mientras negaba con la cabeza.

—No, gracias, no fumo —dijo.

—Eso es lo bueno de ser deportista —se dirigió a los demás—. No fuman, no beben, llevan una vida más sana...

—No hace falta dedicar la vida al deporte para eso. Yo cree que está al alcance de todos. Solo hace falta voluntad.

—Opino como tú... —terció Valentine, mirando con reproche a su padre, que sujetaba entre sus labios un cigarrillo—. No solo beber y fumar quiebran la salud de los que frecuentan tales vicios, sino también de los que están junto a ellos.

Y, sin previo aviso, se levantó y comenzó a andar hacia el jardín que rodeaba la mansión de los Konway, pues la puerta de entrada se hallaba abierta.

—Esta chica... —gruñó McDonald—. Siempre hace lo que uno no espera. Últimamente se enfada al verme fumar. Y todo porque el matasanos me ha aconsejado que lo deje.

—Pues deberías dejarlo —fingió enfadarse el joven futbolista—. Tu hija tiene razón.

También se levantó.

—¿Dónde vas? —le preguntó su entrenador.

—A ver si logro que tu hija vuelva aquí —contestó.

—No lo conseguirá; es muy testaruda —avisó Bellamy.

—En ese caso, no hay problemas. Estoy acostumbrado a hablar con cabezotas —miró a McDonald cuando dijo aquello.

—¡Diablo de chico! —rugió el padre de Valentine cuando Robert salía —. Todavía es un mocoso y se atreve a hablar así.

Robert oyó aquello, pero no dijo nada. Siguió caminando hacia el jardín.

Allí el silencio era total. Bueno, casi. De vez en cuando, se oía pasar algún automóvil por la cercana carretera. Pero era muy de cuando en cuando.

Vio pronto a Valentine, echada en el césped, mirando las estrellas.

—¿Preocupada? —preguntó el joven.

La joven ni siquiera le miró. Seguía con la mirada perdida en el infinito.

—No, solo que me molesta que mi padre se tome tan a la ligera sus males.

Bobbie siguió en pie, mirándola.

—Comprendo lo que sientes, aunque yo no tenga tus problemas —dijo.

—Sí, supongo que tu padre será más consciente que el mío y se habrá dado cuenta de que es necesario llevar una vida más sana, sin dependencias nocivas.

—Mi padre jamás podrá hacer eso —sonrió tristemente el futbolista—. Está muerto.

Valentine se incorporó. Esta vez, sus verdes ojos sí se clavaron en el joven.

—Lo siento... —se disculpó, casi avergonzada—. Yo no sabía...

—Oh, no te preocupes. Lo sé —dijo—. Y esto te debe seguir dando fuerzas para convencer a tu padre de que deje el tabaco: es muy triste no tenerle.

Valentine bajó la morena cabeza.

—¿Vives... solo? —preguntó.

—No —seguía sonriendo el crack—. Vivo con mi madre y mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Sí, Charlie. Tiene quince años y es un gran muchacho.

—¿También le gusta el fútbol?

—Juega en los juveniles de la *Unión*... Pero no hablemos de fútbol.

—¿Por qué? —se sorprendió la joven.

—Me aburre —contestó él, sentándose también en el suelo cubierto de césped—. Compréndelo: ya es demasiado.

—Sí, creo que lo entiendo —rio la muchacha.

Robert se sorprendió a sí mismo mirando embobado a la joven Valentine. Ella también le observaba.

—¿Entramos? —preguntó él—. Hace frío aquí.

—Yo no lo siento —negó ella, aunque lo único que cubría su joven piel eran la camisa y los *jeans*.

—En ese caso, sigamos aquí.

Hubo un silencio pesado entre ellos que duró algunos minutos. Robert lo rompió con una pregunta.

—¿Tú también estudias?

—Sí, ya te lo dijo mi padre: derecho. El segundo curso.

—¿Y te gusta?

—¿Qué? ¿Estudiar? —rio de nuevo—. A nadie le gusta tal cosa; pero es necesario hacerlo para ser un buen abogado.

Robert no pudo evitar la risa.

—Cuando tenga un pleito —dijo—, te llamaré.

—Espero que jamás tengas que hacerlo, porque quedarías arruinado si te defiendo yo.

Rieron ambos, con ganas.

—No creo lo que dices —negó el joven—. Estoy seguro de que serás una gran abogado. ¿O se dice abogada?

—No le sé —dudó ella—. Pero no creo que eso importe mucho.

Volvieron a quedar en silencio. Robert miraba la luna.

—¿Qué ves allí? —preguntó Valentina, observándole con interés.

—Me ha parecido ver una sonrisa en la luna —dijo.

—Sería una ilusión óptica: un juego de sombras o algo así —sonrió ella.

—Es posible, pero también vi un rostro.

—¿Un rostro?

—Sí, quizás sea una tontería —volvió la vista hacia ella—, pero eso me ha parecido ver.

—¿De mujer?

—Sí —respondió el joven, súbitamente ronca su voz.

—¿El mío? —preguntó de pronto Valentine.

Robert no contesto.

Valentine acarició sus largos cabellos negros.

—Eres un gran chico, Bobbie —dijo—. Y me gustas.

—¿Cómo jugador de fútbol? —sonrió con ironía el joven.

—Como hombre —corrigió Valentine.

Robert cerró los ojos. Se estaba metiendo por un camino muy espinoso. Demasiado. Y esa no era su intención.

Le gustaba la chica, qué duda cabía. Pero ella estaba ya prometida a Bellamy y él jamás robó una mujer a nadie.

Se puso en pie.

—¿Te vas? —preguntó Valentine.

—Sí —contestó él—. Es mejor que entre. Si no, pensarán mal.

Ella también se incorporó, dispuesta a seguirle. En ese momento, salió Bellamy. Miró a ambos.

—Vaya —sonrió—, veo que lo consiguió. No debí subestimarle.

—¿Qué consiguió? —quiso saber Valentine, alarmada.

—Hacerte entrar en razón para que volvieses con nosotros —respondió el joven estudiante de derecho—. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Ella suspiró.

—Oh, nada...

Su mirada se posó en el joven crack. Estaba muy serio, su ceño, fruncido.

—¿Te sucede algo? —preguntó ella.

—No —sonrió sin ganas y utilizó una válvula de escape para explicar su estado—, solo pensaba en el partido del próximo sábado.

—Hablando del partido, sus compañeros han llamado diciendo que se encuentran en camino —informó Bellamy—. En estos momentos, Konway está hablando por teléfono con Anthony Robertson.

—¿Robertson? —se sorprendió Bobbie—. ¿El entrenador del *Liberty*?

—El mismo.

—¿También está invitado?

—Así es —se encogió de hombros Bellamy—. Aunque no lo entiendo.

Entraron en la casa. Efectivamente, el señor Konway estaba hablando a través del hilo telefónico con Robertson.

McDonald, el padre de Valentine y entrenador de Bobbie, les dijo:

—Konway tiene la fea costumbre de reírse de la gente. Supongo que invitar a Robertson no será más que una forma de divertirse esta noche a costa del viejo, aunque él diga que lo hace por deportividad. Está convencido de que derrotaremos al *Liberty* y ganaremos la Liga.

—Yo no estaría convencido de nada hasta que acabara el partido —opinó Robert—. Esa es la mejor filosofía que debe seguirse en un deporte.

—Estoy contigo —asintió Roger—. Pero nuestro presidente no piensa igual. Sobre todo, después de tu actuación en el partido de esta mañana.

—Aun así... —torció el gesto el joven, disgustado—. Robertson es un gran entrenador y no se merece esta burla. Sobre todo, teniendo en cuenta que es su último partido en el *Liberty*.

—Algo de eso leí en los periódicos —intervino Bellamy—. ¿Es cierto?

—Sí —suspiró Roger—. Robertson ya se retira como entrenador. Este será el último partido en que sus hombres serán entrenados y dirigidos por él. Y prometió, antes de retirarse, que daría el título de Liga a su equipo.

—Y es muy posible que lo obtengan —afirmó el crack—. El *Liberty* es un gran equipo y Robertson uno de los mejores entrenadores de Inglaterra. No me extrañaría que perdiéramos el partido.

—Hombre —se quejó McDonald—, tampoco hay que ser tan pesimista...

Fue entonces cuando sonó un timbre en la casa. Konway, que ya había dejado el teléfono, se dirigió personalmente a la puerta.

Momentos más tarde, entraban en la casa algunos jugadores de la *Unión*. Bobbie los saludó a todos: O’Connors, McGraft, Kendall, Harrison, Firts, Curtis... Faltaban Cameron, Kosff, Gordon, Ken, Danny, Olson,

O'Hara y algunos más.

—¿Y los otros? —preguntó a McGraft, que en esos momentos era presentado a Valentine.

—Estarán en camino —contestó, y mirando a la señorita McDonald, dijo—: Encantado.

—¡Vaya, Bobbie! —se le acercó Kendall—. ¿Qué tal has pasado la tarde?

Star le fulminó con la mirada.

—De perros —gruñó.

—No te enfades —rio el ocho del equipo *blue*—. A mí me ha pasado lo mismo. Los periodistas parecen lapas cuando sucede algo importante. Ya sé que es su profesión, pero... A propósito —miró a Valentine—. ¿Quién es esa monada? No te quita el ojo de encima.

Así era. Robert estaba de mal humor por esa razón.

—Pregúntaselo a Roger —respondió fingiendo desinterés—. Él te la presentará.

—¿De veras? Vaya, quién me lo iba a decir.

—¡Hey, no vayas tan deprisa! —le sujetó por el brazo—. Está prometida a aquel tipo de negro.

—Pues qué bien... —se desanimó de pronto el jugador. Pero, a pesar de todo, se acercó para conocerla.

Por consejo de Konway, empezó la fiesta.

—A medida que vengan los demás, esto se hará más divertido —dijo.

La mayoría de los jugadores eran solteros, pero había algunos que estaban casados. Otros tenían novia. Lo cierto era que había hermosas mujeres allí, y Bobbie, un muchacho mujeriego por encima de todo, se aprovechó.

—Oye, cuidadito con mi mujer, ¿eh? —le advirtió McGraft cuando el joven nueve se acercó a su esposa, una rubia despampanante, que hacía ver chiribitas a quien la miraba—. No te vayas a pasar con ella.

—Si no quieres verme con ella —rio el crack—, puedo llevármela donde no nos veas.

La rubia rio el chiste. Sus pechos se agitaron y Bobbie hizo un esfuerzo terrible para apartar la vista.

—Muy gracioso —gruñó el capitán azul.

Para Bobbie fue una noche deliciosa. Solo se acercaba a los hombres cuando estaba seguro de que no hablaban de fútbol. Por eso, la mayor parte del tiempo estuvo rodeado de mujeres. Lo malo es que también ellas querían oírle hablar de fútbol, contar sus mejores goles...

«Pero a ellas se les puede perdonar todo», se decía con estoicismo.

Poco a poco fueron llegando todos los invitados: los demás jugadores, la junta directiva, los socios de honor... Con sus mujeres o novias, claro

está.

«Y yo que quería marcharme pronto...», se resignó Robert.

Cuando estaba contando a una media docena de mujeres cómo marcó el primer gol aquella mañana, se acercó a él Valentine.

—¿Atareado? —preguntó, sonriente.

Robert la miró. Ella era la única allí que se comportaba con naturalidad. Las otras iban vestidas como damas de la *high society*.

—Un poquillo —respondió, interrumpiendo su relato.

—¿Bailamos?

Robert buscó con la mirada a Bellamy. Estaba bailando con la mujer de McGraft, y parecía divertirse mucho. La música llenaba el aire de una melodía romántica, casi nostálgica, que Bobbie no oyó nunca antes.

—¿Por qué no? —se levantó.

—¿Y nosotras, señor Taylor? —preguntó una de las mujeres, con acento desencantado.

—Espérenme —respondió el joven—. Volveré en cuanto pueda para atenderlas.

Instantes después, estaban bailando. Muy juntos, casi abrazados. Bobbie sujetaba por el talle a la joven Valentine y sentía en su diestra la rotundez de las caderas femeninas. Los duros pechos de la joven se apretaban contra su tórax.

Robert Taylor casi quedó embriagado por el perfume de los cabellos de Valentine.

—¿Por qué me has estado evitando todo el rato? —preguntó ella, posando sus verdes ojos en los del joven, sin reproche en su voz.

Robert tragó saliva.

—Valentine... Yo...

De pronto, alguien desconectó el tocadiscos. Robert miró hacia allí. Era McGraft el que lo había hecho.

Los dos jóvenes se separaron. En la entrada del *living* estaba Konway y un hombre de unos cincuenta años, con escaso cabello y muchos kilos de más. Robert le reconoció al instante.

—Es Robertson —susurró al oído de Valentine.

El anfitrión, Konway, presentó al recién llegado a todos los allí presentes. Cuando llegó a él, Robert dijo:

—Encantado.

—Así que usted es el famoso Bobbie Star Taylor, el crack de Inglaterra.

—Eso dicen que soy —respondió el joven, de modo alguno halagado por el comentario del maduro entrenador.

—¿Lleva muchos años dedicado al fútbol? Lo digo porque veo que es muy joven.

—Tengo veintitrés años y llevo jugando desde los diez —fue su

respuesta.

—Y hace dos años que fue fichado por el *English Unión*, que vio en él a un magnífico jugador —terció Konway—. El tiempo se encargó de demostrarlo. Incluso se le ha elegido para formar parte de la Selección Nacional en los partidos donde intervenga Inglaterra.

—Sí, ya veo que es un gran valor para el fútbol británico. Más aún, diría que es el alma misma de la *Unión*, pues jamás este equipo llegó tan alto hasta que lo ficharon.

—Yo no diría tanto —negó el joven, molesto—. La *Unión* tiene grandes jugadores, tan importantes o más que yo. Todos ellos son necesarios. Un hombre solo no gana un partido, si no tiene el apoyo de sus camaradas.

Robertson no replicó. Ni falta que le hacía.

Minutos después, y a pesar de las súplicas de Valentine, el joven se marchaba, cabreado. Eran demasiadas tensiones para un solo día.

CAPÍTULO III

Dos días después, es decir, el lunes, volvía a entrenar en el estadio de la English *Unión* Foot-*Ball Club*, junto a sus compañeros del equipo. Como siempre.

Pero aquel día hubo algo diferente, pues con él iba Charlie, su hermano, que quería verle entrenar. El joven se puso tan pesado que su hermano mayor no tuvo más remedio que acceder.

Con los chándales puestos, dieron un montón de vueltas al rectángulo de juego. Charlie observaba desde las gradas, viéndoles correr.

Fueron minutos de esfuerzo y cansancio para los jugadores, debido al gran número de vueltas efectuadas. Pero era absolutamente necesario para mantenerse en forma y poder salir en condiciones durante los partidos.

Después, sudorosos, evolucionaron en el interior del rectángulo, haciendo algunos ejercicios de flexión de articulaciones y músculos.

—¿Y Roger? —preguntó a McGraft—. ¿Dónde está?

—No lo sé —se encogió de hombros el capitán azul, mientras cogía un balón—. Veo que te has traído al mocoso. ¿Le impresionamos con este balón?

Robert accedió.

—Bueno —dijo—. Pero supongo que es lo que él desea: que le impresionemos.

—Entonces, démosle algo que contar a sus compañeros de estudio.

Empezaron con los pases de cabeza, que duraron varios minutos, durante los cuales solo una vez, por un mal paso de McGraft, tocó el suelo la pelota. Después Bobbie bajó el balón, parándolo en seco con el empeine.

Hicieron algunos pases más, tanto largos como cortos, con extraordinaria puntería. McGraft elevó un poco el balón, sin pararlo, tras un pase en raso de Bobbie, y comenzó algunas exhibiciones de dominio, evitando que el balón tocara el suelo para nada.

Alguien aplaudió en las gradas. Bobbie sonrió, sin mirar, seguro de que era su hermano. McGraft le envió el cuero, para que hiciese algunas chiquilladas con él.

Robert lo paró con la cabeza.

—¡Bravo, Bobbie, ahora tú! —oyó desde los graderíos.

Se quedó de piedra. El balón rebotó mansamente en el suelo.

¡Era la voz de Valentine!

—¡Oh, no...! —gimió.

Volvió la vista hacia las gradas. Allí estaba ella, aplaudiendo, con una sonrisa maravillosa en los labios.

—Vaya, la hija de Roger... —se extrañó McGraft—. No suele venir por aquí. ¿Por qué hoy será diferente?

Él tampoco lo sabía.

—Ni idea —respondió—. Pero ya que está aquí, le preguntaré dónde está su padre.

—Yo iré a ver cómo se encuentra de forma nuestro portero —dijo McGraft, alejándose con el balón.

Bobbie se dirigió a las gradas, al Gol Norte, donde se hallaba Valentine.

Ella bajó, pero no pudieron encontrarse. Unas vallas lo impedían.

—Hola, Bobbie... —saludó la joven, sonriendo con timidez.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó el crack, yendo directamente al grano.

La sonrisa se esfumó del rostro de la muchacha.

—Tengo tantos derechos como tú para estar aquí, sobre todo si mi padre me invita —replicó, incisiva—. Pero si no deseas verme, no te preocupes. Me iré.

Y se dispuso a hacerlo, dando media vuelta y dirigiéndose hacia la salida, enfadada.

—¡Espera! —se sorprendió a sí mismo gritando el joven jugador—. ¡No te vayas!

Valentine se paró y miró al joven, diciendo con aspereza:

—Creí que te molestaba mi presencia.

Robert apretó las mandíbulas para tragarse su orgullo.

—Por favor... —se rebajó.

—¿Quiere eso decir que quieres que me quede? —el gesto de Valentine se dulcificó un tanto.

—Sí —respondió el joven.

De nuevo volvió a sonreír, regresando sobre sus propios pasos.

—Aún no me has contestado. ¿Por qué has venido?

—Quería verte —ella bajó la cabeza, como avergonzada.

Robert tragó saliva. ¡En menudo lío se estaba metiendo!

—Pero... ¿A estas horas no debías estar en la universidad?

—Pues... sí.

—¿Y has venido aquí, perdiendo la clase, para ver cómo cuatro idiotas hacen unas cuantas tonterías con un montón de cuero? —Bobbie no lo entendía.

—Vine porque quería volver a verte, hablar contigo...

—¿De qué?

Valentine eludió la mirada, roja hasta la raíz de los cabellos.

—Ahora estoy entrenando —dijo—. No puedo...

—¿Tan importante es un entrenamiento más o menos?

Robert no supo qué contestar. En realidad, la mayor parte del entrenamiento ya estaba hecho. Solo faltaba un pequeño partido entre los jugadores.

Podía muy bien prescindir de él.

—Además, he traído a mi hermano —intentó agarrarse a su tabla de salvación.

—No importa —dijo ella, para su sorpresa—. Le invitaré al cine y así nos libramos de él.

—Tienes solución para todo, ¿verdad? —tuvo que sonreír a su pesar—. Está bien. Espérame fuera.

Se separaron. Bobbie se dirigió a los vestuarios.

—¿Adónde vas? —le preguntó Gordon, el número tres de su equipo.

—Me marcho —respondió el joven—. Cuando venga Roger le dices que estuve aquí, pero que tuve que irme pues tenía algo importante que hacer.

—Así lo haré —le aseguró el defensa británico.

Rápidamente, se despojó del chándal y de la ropa interior y se metió bajo la ducha. El agua cayó como una bendición del cielo sobre su cuerpo.

Minutos después se colocaba unos *jeans*, unas zapatillas deportivas y un jersey de cuello alto.

Salió a las gradas, haciendo un gesto a su hermano.

Este se acercó, sorprendido por la rápida marcha.

—¿Ya nos vamos? —preguntó.

—Sí, Charlie —contestó el joven, sonriendo—. Tengo cosas que hacer. ¿Sabes volver a casa solito?

—¿Me tomas por imbécil —se enfadó el muchacho—. Yo también entreno en este estadio.

—En ese caso, lárgate con viento fresco.

—¿Qué te traes entre manos?

—No creo que te importe —le empujó hacia la salida—. ¡Vamos!

Salieron a la calle. Allí estaba esperando Valentine, con los brazos cruzados a la altura de sus jóvenes pechos.

—Así que era eso... —Charlie miró a su hermano con ironía—. Procura no venir tarde a casa.

Robert le lanzó una bofetada, pero solo encontró el aire, pues Charlie salió corriendo.

—¡Maldito estúpido! —dijo con el puño cerrado—. ¡Ya verás cuando te coja!

Valentine sonreía.

—¿Qué sucede? —quiso saber, divertida por el gesto iracundo del joven crack.

—Ese mocoso... —gruñó Robert.

—Déjale y vámonos.

—¿Adónde? —preguntó el joven, interesado.

—Tú solo ven —fue la respuesta de la muchacha, que le agarró por el brazo—. Yo diré adónde vamos.

—De acuerdo —asintió el joven—. Mientras no sea una discoteca... Ahora no estaría en condiciones de bailar.

Valentine rio con ganas.

—No te preocupes —dijo—. No vamos a una discoteca. Es un lugar muy diferente.

—Bueno, de todas formas me lo tendrás que decir mientras conduzco.

—¡Ah, no! Conduciré yo. Tengo mi coche aquí.

—¿Y qué hago con el mío?

—Nadie te lo robará.

—Pero... mañana tendré que volver aquí.

—Te traeré yo —respondió Valentine con una sonrisa.

«Dios mío —pensó Robert—. ¿Por qué yo?»

Todo aquello se estaba complicado demasiado. Y apenas llevaba dos días conociendo a Valentine.

Le preocupaba aquello. Él no deseaba hacer ningún mal a nadie, pero las circunstancias se ensañaban con él.

Se metieron en el coche de ella, un Ford azul, de carrocería brillante.

—¿Sabe tu novio que estás aquí, conmigo? —preguntó él, serio.

Ella no respondió, pero Robert pudo ver cómo su rostro palidecía.

Rugió el motor, al dar la joven el contacto.

—Pero, Valentine... Me estás metiendo en un compromiso...

Ella no dijo nada. Se limitó a conducir.

—Valentine... ¿Es que no me oyes? ¡Estás prometida a otro hombre, maldita sea! Si llegan a saber que tú... que yo... —se desesperó—. ¡Oh, mierda!

Valentine seguía conduciendo, sin inmutarse.

Estuvieron en silencio durante casi media hora, durante la cual salieron de Chelmsford, adentrándose en plena naturaleza por una carretera secundaria. Robert pudo ver cómo se iban alejando cada vez más del núcleo urbano.

—¿Adónde me llevas? —preguntó, mirando el rostro impenetrable de la joven del cabello castaño.

No obtuvo respuesta.

Minutos después, Valentine paraba el coche frente a los restos semiderruidos de una casa de campo. Salió, sin decir nada, y se quedó contemplando la casa.

—¿Es... esto? —preguntó Robert, saliendo también del automóvil.

—Sí, Bobbie... —contestó—. Este es el sitio. Aquí, en esta casa, se conocieron mis padres. Aquí sintieron la herida del Amor.

Robert miró los muros destruidos.

—Mis padres me lo dijeron cuando era pequeña —siguió hablando la joven, recordando cosas que sin duda ella jamás olvidaría—. Y a mí me gustaba que ellos me trajeran aquí, donde yo soñaba, durante los primeros años de mi adolescencia, con el Amor, pero no le encontré.

—Ahora sí lo has encontrado; tienes a George, tu prometido.

—Sí, eso creía yo. Eso pensé cuando le conocí en la Universidad, cuando se declaró, cuando nos besábamos... y cuando hicimos el amor por primera vez.

Robert volvió el rostro.

—Por favor, no me cuentes tu vida íntima —dijo, turbado—. No soy quién para conocerla.

—¡Sí lo eres! —se volvió hacia él, con ojos chispeantes—. Yo creía que estaba enamorada de George, pero me equivoqué. Quizá entonces lo estaba, pero ya no.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—¡Porque solo pienso en ti! —contestó ella, con las lágrimas a punto de saltar—. Desde que te conocí, desde que me hablaste, estás en mis pensamientos. No puedo sacarte de mi cabeza.

Robert cerró los ojos.

No esperaba aquello. Era evidente.

—Yo... Lo siento, Valentine... —logró balbucir. Ella le miró con los ojos cuajados de lágrimas.

—¿Es que... no sientes nada por mí? —preguntó.

—Yo... No lo sé... Es temprano aún.

—Sí, lo supongo —se limpió los ojos con un pañuelo—. Hace poco que nos conocemos.

—¿Estás segura de lo que dices? Quiero decir... ¿no será también una ilusión lo que piensas que sientes por mí?

—Tampoco lo sé —se sinceró la joven—. Pero podemos probar...

—Sí, podemos —repitió, como distraído, Robert—. Pero, por favor, no te hagas ilusiones.

—¿Qué quieres decir? —volvió a ensombrecerse el rostro de Valentine —. ¿Es que... hay otra?

Robert rio.

—No —respondió—. Lo que quiero decir es que no estoy seguro de nada. Y menos ahora, en la víspera de tan importante partido. Pero lo que sí sé es que no tocaré ni un solo cabello tuyo mientras seas de otro.

—Eso tiene fácil arreglo.

—No, no hagas locuras. Antes, reflexiona, piénsatelo bien, analiza tus

sentimientos. Es posible... que estés equivocada.

* * *

Entró en casa, cabizbajo, y volvió la vista hacia el umbral. Un Ford azul se alejaba. En su interior iban la ilusión... y la amargura juntas.

Cerró la puerta.

Se miró en el espejo del recibidor. Vio su ceño fruncido, su gesto de amargura, su expresión torva, reflejadas en la superficie del cristal.

«Dios mío... Y eso que solo tengo veintitrés años. Pero, salvo por los pelos, parezco un cuarentón arrepentido de vivir».

Procuró cambiar de expresión, aunque le resultaba difícil. No quería inquietar a su familia.

—¿Ya habéis llegado? —oyó en el interior de la casa.

—Soy yo, Chris —dijo.

Christine O'Connors, madre de Robert, una mujer de más de cuarenta años pero todavía bella, apareció ante él, envuelta en un albornoz, chorreantes les rubios cabellos.

—Has tardado más que de costumbre, Bobbie —observó la mujer—. ¿Y Charlie?

—¿Aún no ha regresado? —se extrañó el joven—. Le dije que se viniera.

—¿No estaba contigo?

—Sí, pero tenía que acompañar a una amiga y le mandé aquí.

—Pues aún no ha venido. Estará con los amigotes —entró de nuevo en el *living*, entre tiritones—. ¡Qué frío hace! Conecta el aire acondicionado, ¿quieres?

Robert obedeció.

—¿Te ocurre algo, Bobbie? —se interesó su madre, mirándole con preocupación—. Tienes mala cara.

—No es nada —sonrió sin ganas el crack.

—Se te nota demasiado, hijo —rio Chris—. No me puedes ocultar nada. Te sucede algo, cuando deberías estar alegre como unas Pascuas. ¿Qué es? ¿Alguna chica? Apostaría algo a que sí, y que el coche que oí antes tiene algo que ver.

Robert, naturalmente, se lo contó todo, pues ella, tarde o temprano, lo descubriría. No omitió nada, ni el más mínimo detalle. No en vano tenía una gran confianza en ella, que siempre le ayudaba en los momentos de crisis emocional.

Cuando el chico dejó de hablar, Chris le miró atentamente.

—Bien, está claro que ella te quiere —dijo, por fin, sonriendo—. De eso no hay duda. Pero lo importante es: ¿la amas tú?

—No lo sé, Chris —suspiró el joven—. Y ojalá lo supiera.

—Sí, tienes razón, Bobbie. Es muy pronto aún. Más tarde, quizá sepas cuáles son tus sentimientos. Pero ahora debes olvidarte de ello y concentrarte en el partido del sábado, hijo, porque sé que para ti es lo más importante.

—Sí, Chris —afirmó el joven futbolista—. Es lo más importante.

* * *

Se echó en su cama, dispuesto a descansar. Pero no tenía sueño. Por eso, decidió escuchar un poco de música y conectó la radio.

Una dulce melodía llenó la habitación pero a Robert no le sonó a nada. Buscó en otras frecuencias, pero nada.

Apagó el receptor, cabreado.

«Maldita sea —se dijo a sí mismo—. Estoy demasiado nervioso».

Intentó relajarse. No lo consiguió.

Regresó al *living*, con las manos en los bolsillos, pensativo. Miró por una de las ventanas. Ya la noche comenzaba a extender su manto de negrura sobre Chelmsford.

Chris se le acercó. Estaba preocupada.

—Qué extraño —dijo—. Charles aún no ha venido. Lleva todo el día sin aparecer. Y ni siquiera ha telefoneado.

Bobbie no dio importancia al asunto.

—Ya sabes que es muy despistado... y curioso. Quizá se ha ido con sus amigos a algún lado, con intención de divertirse. Al cine de Whitam, por ejemplo. Daban una buena película de esas de ciencia ficción.

—Pero... ¿Y si le ha ocurrido algo?

—No lo creo. Charles conoce la comarca como la palma de su mano. Podría regresar a casa hasta con los ojos cerrados. Y sabe cuidar de sí mismo.

—Pero...

En ese momento, sonó el teléfono, ganando la atención de ambos.

—Será Charles diciendo que se quedará esta noche en casa de una guapa chica, que no le esperemos despiertos —bromeó el joven futbolista, logrando que su madre sonriera.

Robert levantó el auricular y se lo llevó a la oreja, apartando antes los negros cabellos que la cubrían.

—¿Dígame? —dijo.

—¿Señor Robert Taylor? —oyó una voz ronca, deformada, al otro lado del aparato, que no pertenecía en modo alguno a Charles.

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Mi nombre no importa, señor Taylor. Solo soy un amigo. Lo importante es lo que tengo que decirle.

—¿Qué desea?

—Solo comunicarle algo. Tenga paciencia. Tengo conmigo a su hermano Charlie, ¿recuerda?

—¿Mi hermano? —se alteró el gesto del crack. Chris le miró, angustiada—. ¿Quién es usted?

—Es muy curioso, señor Taylor. Y eso es un gran defecto —rio la persona a través del hilo telefónico—. No se preocupe. Su hermano está bien, muy bien. Pero... usted no querrá que le pase nada, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Por ahora, que no se preocupe. Su hermano está sano y salvo... y con nosotros. Pero no se le ocurra llamar a la policía. Si lo hace, nosotros lo averiguaremos, de un modo u otro y su hermano lo pasará mal.

«Adiós, volveremos a establecer contacto.

La comunicación se cortó. Robert, lívido, puso el auricular en su sitio. Su madre le miraba.

—¿Qué sucede? —se atrevió a preguntar.

—Dios mío... —gimió el joven—. Le... le han secuestrado.

CAPÍTULO IV

—¿Secuestrado, dices? —Valentine le miró, posando los verdes ojos en los suyos.

Estaban ambos paseando por el campus de la Universidad, rodeados por todas partes de estudiantes que hablaban entre sí o reían. En algunos lugares poco visibles, podían verse algunas parejas en pleno idilio.

Valentine sujetaba ante su pecho un grueso libro de leyes y un cuaderno.

—Sí, Valentine —el joven parecía totalmente derrumbado—. Y yo tuve la culpa; debía estar a su lado en lugar de...

La mano de la universitaria se posó en el hombro masculino.

—Oh, no, Bobbie. No te reproches nada —dijo, tratando de consolarle —. Hubiera pasado lo mismo de estar tú con él.

—Sí, supongo que así hubiera sido. Pero no puedo quitarme de la mente ese sentimiento de culpabilidad que me agobia.

Valentine le miró con reproche.

—Estás demostrando demasiado egoísmo, Bobbie —dijo, más desilusionada que enfadada—. No deberías estar sentado, dejando que te remuerda la conciencia algo que ya pasó, sino que tendrías que hacer algo por tu hermano.

—¿Buscarle? —el sarcasmo asomó a sus palabras—. La policía no puede hacer nada porque ni siquiera hemos denunciado la desaparición. Para ser sinceros, nadie, salvo mi madre y yo mismo, sabe nada.

—Y... ¿por qué me lo has dicho a mí? —le preguntó con ternura, sentándose al mismo tiempo en un banco de metal de los muchos que llenaban el campus universitario.

—No lo sé —se encogió de hombros el futbolista—. Supongo que porque deseaba hablar con alguien, contárselo todo... Y el primer nombre que vino a mi mente fue el tuyo.

Se sentó también el joven nueve de la *Unión*.

—¿Y no tienes ni idea de quién pudo ser? —cambió de tema la muchacha.

—No —movió la cabeza con desaliento el crack—. Pero supongo que el motivo será el rescate.

—¿Han pedido rescate?

—Aún no, pero estoy seguro de que lo pedirán.

—Y... ¿Estás en condiciones de pagar la suma que te pidan, sin ayuda

de bancos ni nada?

—Bueno, supongo que, teniendo en cuenta que nadie debe saberlo, pedirán una suma que yo pueda pagar. Por otra parte, no estoy descalzo. Ser futbolista es un oficio bien remunerado.

—Aun así, si necesitases algo...

—No creo que haga falta —rechazó el joven.

—¿Ni siquiera... un poco de ayuda?

Robert miró a Valentine. Y, de pronto, algo pareció estallar en su pecho. Algo que él jamás sintió con tanta fuerza.

Acarició sus cabellos de color castaño. Notó el palpitar alocado del corazón femenino, casi como si fuese el suyo propio.

—Sí, Valentine —dijo, ronca su voz—. Necesito tu ayuda. La necesito más que nunca.

Se abrazaron con pasión. Sus labios se juntaron, casi rabiosamente.

—¡Oye, amigo!

Robert se volvió, buscando el origen de la voz. Valentine se puso la mano en la boca y miró con ojos desorbitados por encima del hombro del crack.

—George... —susurró, reconociendo al joven de negros cabellos y gran apostura física que les miraba—. Lo siento... Yo...

—¡Calla, zorra! —bramó el universitario y prometido de Valentine—. Ahora veo bien cómo eres en realidad. Parecías una mosquita muerta y resulta que no eres más que una vulgar ramera.

—Oiga, Bellamy... —intentó intervenir joven de la *Unión*—. Esos no son modales...

Un puño de granito impactó en su mandíbula con potencia increíble, mandándole trastabillando a varios metros de distancia. Robert se tocó la barbilla, con un gemido. Más le había parecido un cartucho de dinamita que un puño. Un hilo de sangre bajaba de sus labios.

—¡Cállate, imbécil! —le insultó Bellamy—. A ver si te crees que porque seas Bobbie Star, el crack, te voy a permitir que me quites la novia.

La gente ya se arremolinaba en torno a ellos, con morbosa curiosidad. Al oír el nombre del golpeado, empezaron los murmullos.

—¡Eres un bestia, George! —le insultó, iracunda, la joven mientras corría a ayudar a Bobbie—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, Val —contestó Robert, limpiándose la sangre con la manga de su cazadora—. Esa montaña tiene pólvora en los puños pero yo estoy acostumbrado a los golpes.

Se quitó la cazadora, entregándosela a Valentine.

—Bien, Bellamy —miró fríamente al joven estudiante—. Si quieres pelea, acércate.

Ya estaba harto de todo. Durante todos aquellos días, una furia sin

límites se estuvo acumulando dentro de Robert Taylor, amenazando con volverle loco. Ahora tenía la posibilidad de descargarse.

George Bellamy le observó, sorprendido, y se rio.

—¿Tú, renacuajo, me vas a pegar? Te podría romper si te toco.

—Eso crees, ¿eh?

Se acercó a él, decidido. Bellamy le sobrepasaba en más de diez centímetros, pero no por ello se arredró.

Quedaren frente a frente. Bueno, en realidad no era así porque Robert solo le llegaba hasta la barbilla.

—¿De verdad quieres pelea? —parecía divertido con todo aquello el joven universitario.

Robert no respondió. En su lugar disparó su puño, convertido ahora en una maza demoledora, hacia el hígado de Bellamy. Este se dobló, acusando dolorosamente el impacto.

—¡No, por favor, Bobbie! —oyó el grito angustiado de Valentine.

La hizo caso. Podía haberle machacado el rostro a golpes a aquel tipo, pero se contuvo. Después de todo, con aquel golpe ya se sentía tranquilo.

Se volvió hacia Valentine. La joven estaba llorando. Las lágrimas bajaban por sus mejillas.

Aquello fue un error. Volver la espalda a un hombre cegado por la ira siempre ha sido una equivocación que muchas veces se pagó caro.

Algo pareció estallar en su nuca provocándole tal dolor que a punto estuvo de desplomarse sin sentido. Se tambaleó, atontado.

—¡Bobbie! —oyó en la distancia, como algo lejanísimo.

Unas manos le cogieron con delicadeza, impidiéndole caer. Vio muy borroso el rostro asustado de Valentine, junto a él, diciéndole:

—¡Bobbie, Bobbie! Respóndeme... ¿Qué te pasa?

Sacudió la morena cabeza para despejar las espesas brumas que enturbiaban sus pensamientos. Instantes, aunque para él parecieron eternidades, después, lo lograba.

Miró a Bellamy. Lo sujetaban entre dos universitarios, para separarle del que para ellos era un ídolo.

—Vámonos, Bobbie —le dijo Valentine—. Quiero marcharme de aquí para poner en orden mis ideas.

* * *

Era una carta.

Robert la miró, después de sacarla del buzón que había a la entrada de su casa. No tenía sello, ni remitente. Era un sobre con un nombre escrito a máquina: ROBERT TAYLOR.

Lo abrió. Suponía de quién era.

No se equivocó. Dentro había un mensaje escrito, también, a máquina.

Leyó:

> Señor Taylor:
>
> Suponemos que se hallará usted preocupado por la suerte de su hermano. Pero no existe motivo alguno. El muchacho está en perfecto estado de salud y recibe el tratamiento que merece.
>
> No sufrirá ningún daño... siempre y cuando usted acate al pie de la letra lo que más adelante sugerimos para su liberación.
>
> No deseamos dinero. En absoluto. Nuestra petición está muy al alcance de su mano, por lo que usted no se podrá negar.
>
> Usted, señor Taylor, NO JUGARÁ EN EL PARTIDO DEL PRÓXIMO SÁBADO. Alegue cualquier causa, pero no juegue. De lo contrario, jamás volverá a ver a su hermano. Y no se le ocurra contar a nadie todo esto.

Solo eso. Ni una firma, ni una despedida. Nada. Robert quedó pensativo.

¿Por qué no querían que jugara en la final de Liga?

Sí.

¿Por qué?

* * *

Aquel jueves, Robert Taylor volvió al estadio. Pero no para entrenar.

Roger McDonald le encontró en los vestuarios. Aún no se había cambiado.

—¿Qué haces ahí como un pasmarote? —le preguntó—. Encima que llegas tarde, te quedas ahí, mirándome como un idiota. ¡Ponte el chándal!

—No, Roger —metió las manos en los bolsillos de sus *jeans*—. Hoy no puedo entrenar.

McDonald le miró, sorprendido.

—¿Por qué? —quiso saber—. ¿Te sucede algo?

—Pues...

—Seguramente es por lo de la Universidad —le interrumpió el maduro entrenador—. Sí, muchacho, sé lo que pasó. Me lo contó Valentine. Y me alegro de que pegaras a aquel tipo, Bellamy, aunque mi hija está amargada por esa causa. Dice que todos los hombres somos iguales. Pero yo sé que para ella tú eres diferente.

Robert quedó extrañado por lo que oía.

—Sí, y no pongas esa cara de imbécil. Valentine está loquita por tus huesos, se derrite cada vez que oye tu nombre... Y eso, pillín, quiere decir mucho.

»Me gustaría que os casarais. Sí, me gustaría mucho. ¿Aquel tipo, Bellamy, no me caía bien. Era un "niño bonito", y a mí nunca me ha gustado esa gente.

El joven le escuchaba con la boca abierta.

—Dime... ¿Es por eso?

Robert resopló.

—No, te equivocas.

Roger se rascó el cogote.

—Entonces, no lo entiendo, palabra —dijo.

—No es esa la causa, Roger —explicó—. Lo ocurrido en la Universidad no tiene nada que ver.

—Pues a Valentine sí le ha influido: ha roto con Bellamy.

—Lo suponía —comentó el joven, sin alterar ni un ápice su expresión hierática—. Y me alegro. Val no le quería.

—Te ama a ti.

—Lo sé —suspiró—. Y yo también la amo a ella.

—¿Entonces? —se desesperó McDonald—. Cada vez entiendo menos. Si todo marcha bien, si sois felices... ¿por qué tienes esa cara de cordero degollado? ¿Por qué no quieres entrenar?

—No es solo eso, Roger. Tampoco jugaré el sábado.

Al entrenador se le cayó el pitillo de la boca.

—¿Quéééé...? —le contempló, alucinado—. ¿Te has vuelto loco?

—Es posible, Roger.

—Pe... pero esa es la mayor estupidez que he oído en toda mi vida —protestó—. ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—¡Sí, maldita sea! —se cabreó el joven—. ¡Me encuentro perfectamente!

—Pero eres el crack... Si no estás enfermo, si no tienes ninguna lesión...

—¡Basta! —cortó el joven, tranquilizándose después—. Es una decisión irrevocable.

—Y... ¿No puedes decirme la razón?

—¿No te lo contó tu hija?

—¿Valentine? No, no me dijo nada.

—Pues pregúntaselo.

Y se marchó, sin despedirse siquiera.

* * *

Eso era todo lo que sabía el veterano entrenador de la *English Unión*. Y era mucho.

Ahora, mientras volvía a la realidad, ante el ¡UY! decepcionado del público que sentía el color azul, por un tiro que pasó rozando el poste izquierdo de la meta verdiazul, también él se preguntaba quién era el que podía tener interés en que no jugase Bobbie Star en la finalísima de Liga, perjudicando así al equipo de la camiseta *blue*.

La respuesta no le gustó. Y eso que él no conocía toda la historia. Si la hubiese sabido, se preguntaría si era brujo o adivino, pues se acercaba peligrosamente a la verdad.

* * *

El estadio del Liberty Sport Club: una enorme estructura de acero y cemento con cabida para casi cien mil espectadores; todo un coloso de recinto deportivo. El estadio de la *Unión* no le hacía ni sombra.

Los millones que obtendría la taquilla verdiazul el sábado por la noche serían más de los que Robert vería en toda su vida. El lleno, aquel día, sería total.

Y además, el encuentro sería retransmitido en directo por cientos de emisoras de radio, en todas las frecuencias, y por la televisión británica.

Un partido emocionante, sin duda alguna. Pero en él no estaría. Bobbie Star, la joven figura del fútbol inglés.

Roger McDonald ya había comunicado a la prensa que Star quedaría en el banquillo aquella noche, como suplente, debido a una lesión. Y aquel viernes por la mañana Robert Taylor pudo leer en la primera página de los periódicos matinales:

> ¡EL CRACK BOBBIE STAR, EN EL BANQUILLO!
>
> UNA LESIÓN IMPIDE JUGAR AL GRAN JUGADOR INGLES, AUNQUE SU ENTRENADOR AFIRMA QUE ES POSIBLE QUE LE VEAMOS MAÑANA EN EL ÚLTIMO PARTIDO DE LIGA.

Robert suspiró. Sabía que eso era imposible o poco menos. Solo si su hermano se hallase a salvo él podría vestir la camiseta de la *Unión* el sábado por la noche. Y había pocas posibilidades.

Pero luchaba por esas «pocas posibilidades». Mientras hubiese alguna, no cejaría en su empeño. Por eso estaba en el estadio del *Liberty*, mirando el césped.

Aquel día los jugadores no entrenaban, pero Bobbie conocía muy bien los campos de fútbol y logró introducirse en su interior subrepticiamente, sin que nadie se enterase.

Efectivamente, Robert pudo cerciorarse desde las gradas de que el

cuadro verdiazul entrenado por Anthony Robertson no estaba allí, pero el campo no estaba desierto.

«Hablando del ruin de Roma...», se dijo al ver a Anthony Robertson, el entrenador del *Liberty*, en aquel lugar.

Junto a él estaba un hombre que Robert no conocía de nada. Pero que parecía muy amigo de Robertson.

Hablaban. Pero Bobbie no les oía.

«Daría mi pierna izquierda por saber lo que dicen —le intrigaba todo aquello—. Estoy seguro de que es cierto lo que sospecho».

Era difícil acercarse sin ser visto. Y ahora, estando él solo en las gradas, aún más. A pesar de todo, lo intentó.

Pero, al final, se sintió ridículo haciendo aquello y decidió dejarse de zarandajas.

«¡A la mierda! Lo haré a mi modo», se dijo, decidido a no hacer de detective cinematográfico, sino de forma más natural.

Sin pensárselo dos veces, echó a andar hacia los dos hombres, como quien no quiere la cosa. Y no silbó porque en esos momentos no estaba para música.

Y, cosa rara, ninguno se dio cuenta de la presencia del joven hasta que llegó junto a ellos.

—¿Eh? ¿Quién es usted? —preguntó Robertson cuando se percató de que había alguien junto a ellos—. ¿Cómo entró?

—¿Ya no me conoce, señor Robertson? —se extrañó el joven—. Haga un esfuerzo. Seguro que se acordará.

El entrenador verdiazul le miró fijamente.

—¿Bobbie Star? —le reconoció—. ¿Es usted el señor Taylor?

Sonreía. Pero a Bobbie no se le escapó la palidez que de pronto había adquirido el rostro del otro personaje.

—El mismo, señor Robertson.

—¿Qué le trae por aquí?

—La curiosidad —respondió el joven—. Quería saber cómo es el campo donde jugaremos mañana.

—¿Jugaremos? —se sobresaltó el desconocido.

—Oh, sí —se dio una palmada en la frente—. Debí decir «jugarán»... ¿No es cierto?

—¿Es verdad lo que dicen los periódicos? —se interesó el entrenador —. ¿Está usted lesionado?

—Oh, no —negó el crack, sonriente—. Estoy más sano que nunca. Pero no formaré parte del equipo.

—¿Por qué? Sería un honor para el *Liberty* tenerle en el equipo contrario.

—¿Recuerda lo que le dije el sábado pasado, señor Robertson? —se

puso serio de pronto el joven futbolista.

—Pues... —intentó recordar el aludido—, no, no lo recuerdo.

—Le dije que la *Unión* tiene grandes jugadores; incluso mejores que yo mismo —dijo—. Y lo sigo manteniendo. Por eso no jugaré mañana: para que ustedes vean que, incluso sin mí, la *Unión* es un gran equipo.

—No lo pongo en duda —sonrió el entrenador—. Pero si esa es la única razón por la que no desea formar parte mañana del cuadro azul, no debió hacer tal cosa.

—Venga, no disimule —rio Bobbie—. Quítese la máscara. Usted sabe mejor que nadie la razón primordial. Y supongo que este individuo también.

—¿A qué se refiere? —dijo el aludido.

—A mi hermano —fue la única respuesta de Bobbie.

Esta vez palidecieron los dos hombres.

—No entiendo de qué está hablando —se defendió el entrenador.

—Sí lo entiende, Robertson —habló Robert, tranquilo, casi con frialdad —. Sabe usted muy bien de qué estoy hablando. Porque... ¿quién si no usted podía desear que yo no jugase mañana contra su equipo? Sí, Robertson, ha conseguido lo que quería. Pero no vencerán mañana, estoy seguro.

»Y cuando descubra dónde se encuentra mi hermano... juro que le veré entre rejas.

* * *

Bernard Osbort salió del estadio. Su rostro reflejaba la preocupación que sentía en su fuero interno.

Taylor lo sabía todo. O casi todo, lo mismo daba. Estaba seguro de ello. La forma como habló ante Robertson y él mismo no dejaba lugar a dudas.

Pero no podía probar nada. Y si hablaba demasiado, peor para su hermano.

No, no diría nada.

El chico quería demasiado a su hermano para hacer tal cosa y ponerle en peligro.

A pesar de todo, seguía preocupado. Uno nunca puede fiarse... Sobre todo con un tipo astuto e inteligente como el llamado Star.

Abrió la portezuela de su coche y se acomodó en su interior, ante el volante. Dio el contacto. El motor rugió. Pocos momentos más tarde el automóvil se desplazaba a moderada velocidad por las calles de Southampton.

Osbort suspiró. Quizá después de aquello debiera tomarse unas largas y relajantes vacaciones, lejos de la ciudad y, por tanto... de la *Police*.

De pronto, se puso tenso, comenzando a sudar copiosamente. Algo

metálico estaba tocando su nuca, provocándole escalofríos.

—Continúa conduciendo, amigo —oyó a sus espaldas—. Y no te hagas el gracioso; esto es un revólver y sus balas no son de fogueo.

Miró por el retrovisor interior.

¡Era Star... y no bromeaba! En sus manos, apoyada en la nuca de Osbort, brillaba una Python de cañón corto, pavonada de negro. Estaba amartillada.

—No sudes tanto, gordo —rio el joven—. No te haré nada... si hablas, naturalmente.

—Yo no sé nada —dijo, tembloroso, con las manos engarfiadas en el volante.

—Has visto muchas películas, pequeño —dijo, imitando la voz de Bogart—. Todos dicen lo mismo.

Osbort, lentamente, enviaba su diestra hacia la guantera. Ahí ocultaba una pistola.

—Hermano —avisó el crack—, por menos de lo que intentas hacer otros han perdido los sesos, y nunca mejor dicho. Pero no te preocupes, tú solo perderás la mano.

La diestra se detuvo en el aire. Osbort tragó saliva y siguió conduciendo.

—¿Qué quieres, chico? —preguntó.

—Por ahora, que sigas conduciendo; yo te diré dónde debes ir.

Una hora más tarde, habían salido de la ciudad. Estaban en una zona poco habitada.

—Sal del coche —ordenó el futbolista.

Osbort obedeció y salió del automóvil, siendo seguido por Star, que continuaba apuntándole.

—Levanta los brazos.

No tuvo que repetirlo. Fue obedecido al instante.

—Ahora... me vas a decir tu nombre —sonrió el joven—. De eso sí te acuerdas, ¿verdad?

—Bernard Osbort.

—¿Y a qué te dedicas? ¿A secuestrar a la gente?

Osbort no contestó.

—Bueno, no hace falta. Me imagino que así es. ¿Dónde está mi hermano?

—No lo sé —respondió el tipo.

—¿Estás seguro? —sonrió con ironía Star.

Su dedo se arqueó en el gatillo.

—¡No! —chilló aterrorizado Osbort—. Te juro que no lo sé. Yo lo único que hago es de intermediario entre Robertson y los chicos.

—¿Chicos? ¿Qué chicos? Suena interesante eso.

—Los que se encargaron de coger al muchacho —tragó saliva el intermediario.

—Vaya, así que son varios. ¿Cuántos?

—Tres —respondió el asustado criminal.

—¿Solo tres? —casi se rio el joven—. ¿Quieres decir que solo sois cinco los implicados?

—Sí, el jefe no quería que se descubriera —contestó—. Por eso contrató, a través mío, a tres tipos: para que, si les atrapaban, nadie le reconociese.

—Comprendo. ¿Y cómo te ponías en contacto con esos «chicos»?

—No era personal —respondió—. El primer contacto fue por teléfono, pero los otros eran de otra forma.

—Dime cómo —se impacientó el crack.

—Bueno —sentía un nudo horroroso en la garganta—, ellos dejan aparcado todos los días un automóvil en Berston Street, con la ventanilla del conductor abierta. Cuando queremos darles un mensaje, introducimos un papel arrugado, que... pues eso, que contiene las instrucciones.

—Ya veo —afirmó el joven—. Berston Street, dijiste... ¿No?

—Sí, exactamente.

—Bien, entonces ya solo queda una cosa por hacer.

E, inesperadamente, le atizó fuerte con el puño que tenía el revólver. Se oyó un espeluznante chasquido, al romperse la mandíbula del sujeto con el impacto, y Osbort cayó al suelo, aullando de dolor.

—Ahora te vas a largar pues no quiero volver a verte en lo que me resta de vida; y cuidadito con volver por aquí. La próxima vez, no me andaré con remilgos —amenazó mientras cogía el automóvil para volver a la ciudad.

CAPÍTULO V

Dos horas más tarde, en una de las calles más céntricas de Southampton, llamada Berston Street, un tipo con gabán marrón sacaba un papel de uno de sus bolsillos, estrujándolo después entre sus enguantados dedos. Lo tiró a un lado, sin mirar siquiera, y quiso la casualidad que el automóvil de blanca carrocería que estaba a su lado tuviera la ventanilla abierta, permitiendo al arrugado papel colarse en su interior.

Pocos minutos más tarde, otro personaje, de aspecto inocente, bajito y algo regordete, con escaso cabello, abría la portezuela del coche, sentándose en el asiento del conductor. Miró el papel sin expresión ninguna en su mantecoso rostro y lo cogió, desarrugándolo a continuación.

Había algo escrito en el papel:

> Dentro de quince minutos, en el callejón de la esquina. Quiero saber cómo está el chico.

No tenía firma. Ni falta que hacía. Aquel personaje sabía muy bien quién mandaba el mensaje.

Salió del vehículo, dirigiéndose después a una cabina telefónica. Marcó un número y estuvo hablando durante un buen rato. Después, entró en un bar.

Pidió café al *barman* y consultó su reloj. Quedaban diez minutos.

—Oiga... —oyó—. ¿No es usted Robert Taylor, el jugador de fútbol?

El tipo regordete se volvió. El que hablara instantes antes era un joven barbudo, que se dirigía a otro chico de parecida edad que estaba al otro lado de la barra.

—Sí —respondió el aludido—. Soy Taylor. ¿Por qué lo pregunta?

El señor del café sonrió, aunque lo suyo más parecía la mueca de un imbécil que una sonrisa, y siguió con atención la conversación. Todos los demás clientes también escuchaban.

—¿Es cierto que mañana no jugará?

—Es posible —se evadió de una respuesta concreta el joven.

—Bueno, no importa —sonrió el chico de la barba—. De todas formas, el *Liberty* ganará.

—¿Está usted seguro? —Robert parecía distraído, jugueteando con una cucharilla, que removía en un vaso ya vacío.

—Naturalmente —hinchó el pecho con orgullo el otro—. El *Liberty* es

el mejor equipo de toda Europa. Aplastará a la *Unión* sin demasiados problemas.

Hubo gruñidos y comentarios de aprobación entre los demás clientes, que sentían sin duda alguna los colores verdiazules en la sangre.

—Es posible —repitió el joven, sin dejar en paz la cucharilla—. Pero yo no apostaría nada.

—Pues yo sí —la ironía era evidente en su tono—. Y supongo que todas las personas que hay aquí dentro también.

—Harían mal —Robert ni siquiera le miraba—. Apostar es una costumbre muy fea.

—¿Se está burlando de mí? —cerró los puños en actitud belicosa el joven de la barba.

—No, solo le daba una opinión —respondió el futbolista, que no se hallaba de humor para una pelea, y menos por un motivo tonto—. *Garson*, la cuenta.

* * *

Ya era la hora.

El tipo gordo se metió en el callejón, encendiendo al mismo tiempo un cigarrillo. Dentro, aún no había nadie.

Tenía que admitir que aquella gente sabía buscar los lugares adecuados para todo. El callejón tenía apariencia de ser uno de esos lugares dentro de la civilización, al que la susodicha civilización aún no ha llegado.

Allí solo había basura y ratas.

—Mierda —simplificó el voluminoso personaje—. Eso es lo único que hay en este apestoso lugar.

Y tenía razón.

Esperó. Suponía que sus jefes serían puntuales.

Así fue. Pocos segundos después, entraba una nueva figura en el maloliente callejón. Vestía un gabán marrón y era imposible ver su rostro. Tenía las manos metidas en los bolsillos del gabán.

El extraño personaje se paró ante él.

—¿Cómo está el chico? —preguntó, yendo directo al grano.

—Bien —sonrió el gordo—, le hemos tratado lo mejor posible, como usted nos dijo.

Y, precisamente entonces, el tipo del gabán sacó la diestra del bolsillo, empuñando un revólver negro, amartillado ya.

—Eso es lo que quería saber, gordo —silabeó el del gabán.

—¿Qué... qué es esto? —se asustó—. ¿Se está burlando de mí?

—No, gordo. No me burlo de ti. Esta pistola no es de juguete, ni dispara tapones de corcho.

—¿Qui... quién es usted?

—Me llamo Robert Taylor, gordo. Supongo que me conoces —se puso de forma que pudiera ver su cara—. Pero yo a ti, solo de vista. ¿Cómo te llamas?

—¿Debo... decírtelo?

—No, si no quieres, no me lo digas —rio el crack—. Lo que pasa es que me podría enfadar... y este gatillo es muy sensible.

El gordo sudaba come una res a punto de entrar en el matadero.

—Howard —respondió, por fin—. Dusty Howard.

—Así me gusta, gordito —se sintió complacido el joven—. La gente que colabora me cae muy simpática. Tú quieres ser simpático, ¿verdad?

—Sí... sí —contestó Howard, con un hilo de voz.

—Tranquilízate —le recomendó el joven, con cierto sarcasmo—. No me extrañaría que cogieras una úlcera de esta. Si yo no me como a nadie... ¿Sabes lo que hago yo todas las mañanas para tranquilizarme? Yoga. Es muy bueno para los nervios.

—¿Se... se está burlando? —preguntó Howard, con voz apenas audible, aterrorizado ante la visión de la negra Python.

—Naturalmente, gordo —rio de nuevo el futbolista—. Me estoy burlando. Y da gracias a que es lo único que hago con el secuestrador de mi hermano.

—No... no sé de qué habla.

—Sí, parece ya una costumbre que nadie sepa nunca de lo que hablo. Quizás hable en chino sin darme cuenta —se borró la sonrisa de su cara—. Pero ya estoy harto. Ahora mismo vas a «cantar» todo lo que sepas o te agujereo el esófago.

Howard le miró a los ojos y tembló. ¿Sería capaz...? Mejor no probarlo.

—Está en una casita... a mitad de camino entre Brentwood y Chelmsford.

—Veo que eres más sensato de lo que suponía. ¿Justo en la mitad?

—Bueno, casi —encogió los hombros el asustado Howard—. No conté los kilómetros.

—¿Al lado de la carretera?

—Sí.

—¿Hay teléfono? —preguntó, de pronto, ante la sorpresa de Howard.

—¿Cómo...?

—Que si hay teléfono —repitió.

—Pues... —decidió decir la verdad—: Sí.

Robert suspiró.

—Bien, Howard —le apunté en la frente—. Ahora mismo vamos a reservar unos billetitos para Camberra y tomarás el primer avión hacia allí.

—Pe... pero eso está...

—En Australia, sí —rio el crack—. Pero si sigues aquí, mañana te

cogerá la gente de New Scotland Yard...

* * *

Ya era de noche.

Valentine McDonald se dispuso a acostarse y apagó el televisor, donde daban una aburrida película de vaqueros, un *western* sin ningún atractivo, que la hizo bostezar más de una vez.

El día siguiente sería ajetreado. Debía descansar.

Comenzó a desnudarse, pensando en las muchas cosas que habían ocurrido durante aquella semana: unas buenas...; las otras, muy malas.

Y, de pronto, el timbre de la puerta reclamó su atención, lanzando al aire su llamada. Valentine se puso una bata apresuradamente.

¿Quién sería... a aquellas horas? Eran las diez de la noche, una hora intempestiva para una visita.

Recelosa, se acercó a la puerta, escudriñando por el pequeño «ojo de pez». Vio a contraluz una figura confusa.

—¿Quién es? —preguntó, sin abrir.

—Soy yo —respondió una voz desde el otro lado de la hoja de madera —. Bobbie.

¿Bobbie? Sí, era su voz, pero... ¿qué querría a aquellas horas?

Abrió. Efectivamente, era Robert Taylor el que estaba al otro lado del umbral. Estaba muy serio.

—¿Puedo pasar? —preguntó el joven.

Valentine asintió con la cabeza.

—Sí —se puso a un lado, para dejar libre el paso—. Puedes entrar. ¿Cómo es que te han dejado entrar los del hotel?

Robert sonrió, al mismo tiempo que se introducía en el cálido interior.

—En realidad —respondió—, no saben que estoy aquí. Logré pasar sin que se dieran cuenta y como pude vislumbrar en un descuido el número de tu habitación...

—Ah, había llegado a creer que te hospedabas en este mismo hotel — parecía sorprendida.

—No, estoy en otro más modestito. Para no llamar la atención... ¿entiendes?

—Sí —fue apenas un esbozo de sonrisa lo que apareció en sus labios—. Lo entiendo. ¿Para qué has venido?

Robert suspiró.

—Pues... venía para pedirte ayuda.

—¿Ayuda? ¿Para qué?

—Bueno, verás... Quiero que mañana por la noche vigiles al entrenador del *Liberty*.

Valentine abrió muchos los ojos, sorprendida.

—¿Vigilarle? ¿Por qué? —preguntó.

—Tengo mis razones —se evadió el joven—. ¿Lo harás?

—Pero... si tengo que estar pendiente de Robertson, me perderé el partido —protestó.

—No si te sientas cerca del banquillo. Podrás ver el encuentro y, al mismo tiempo, vigilar —dijo Bobbie, para convencerla—. Por favor...

—Está bien —aceptó Val—. ¿Y si se va del banquillo? ¿Qué tengo que hacer?

—Nada —respondió el joven—. Solo una señal cuando pase cerca tuyo.

—¿Cómo? ¿Vas a presenciar el partido?

—Naturalmente —casi pareció ofendido, pero sonrió—. La *Unión* es mi equipo y no puedo faltar.

—¿Dónde estarás? —se interesó ella.

—¿Dónde? En el terreno de juego, naturalmente.

Val cada vez estaba más atónita.

—¿Jugarás? —preguntó, emocionada.

—Es posible —se encogió de hombros el joven—. Sí, es muy posible.

—Pero... ¿Y tu hermano?

—De eso depende todo, Val —su rostro se nubló—. Mañana debo hacer algo. Algo que pueda ser muy peligroso. Es... como un partido. El partido más arriesgado de toda mi vida. Ya he driblado a dos contrarios y me estoy acercando a la portería. Si venzo, mañana por la noche me verás en el césped, luchando por mis colores. Si pierdo, es posible que jamás volvamos a vernos.

—No... no te entiendo —temblaron en su boca las palabras—. ¿Qué quieres decir?

—Nada —volvió a sonreír el joven—. No te preocupes. Lo más probable es que todo vaya bien.

Valentine no dijo nada.

Robert se acercó aún más a ella, cogiéndola por los hombros.

—Me dijo Roger que habías roto con Bellamy —dijo, de pronto—. ¿Es verdad?

No respondió. Al menos, con palabras. Pero asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

El reproche relampagueó en los verdes ojos de la joven.

—¿Por qué? —repitió, enfadada—. ¿Piensas acaso que todo lo que te dije el otro día era mentira? ¿Qué no eran más que imaginaciones de niña tonta? Dime... ¿Es eso lo que piensas?

El joven palideció con intensidad.

—Yo... —fue a decir algo.

—Pues si piensas eso, eres imbécil —le interrumpió—. Todo era

cierto... y sigue siéndolo. Te quiero. ¿Me escuchas? ¡Te quiero! ¿O acaso te lo tengo que decir por carta, para que lo entiendas?

Robert encajó las mandíbulas, apretando los dientes con furia.

—¿Has terminado de hablar? —preguntó.

—Sí —fue la única respuesta de la joven.

—Pues bien, ahora me toca el turno a mí —se señaló con el pulgar—. Tienes razón: pienso que eres una niña tonta. Pero lo pienso después de esa reacción de chiquilla mimada que acabas de tener. Cuando te pregunté «¿Por qué?», esperaba oír un simple «Porque te amo». Al menos, eso es lo que sucede en esas malditas películas lacrimógenas que tanto le gustan a mi madre. Pero vas tú y haces un drama de la preguntita. Desde luego, no te entiendo. Aunque... pensándolo bien, quizá yo también tenga parte de culpa. Debí empezar por el principio.

Calló un instante. Val le miraba, expectante. Ya no había rencor en sus ojos.

—Está bien... Yo también te amo. Y con locura. ¿Te gusta más así?

Durante un instante, no pasó nada. Valentine solo le miraba, sin expresión alguna en su bonito rostro. Pero, décimas de segundo más tarde, todo cambió.

Sin previo aviso, Val rodeó su cuello con fuerza, como si no quisiera que se le escapara, y sonrió.

—Lo sabía —fue lo único que dijo.

Se besaron con pasión. Las manos del joven se deslizaron por la espalda femenina y desataron la bata. Valentine no protestó.

Instantes más tarde, la única prenda que cubría el maravilloso cuerpo de la joven, yacía en el suelo.

* * *

Sábado, cuatro de la tarde.

Faltaban otras cuatro horas para que empezase el partido entre el *Liberty* y la *English Unión*, en el encuentro de final de Liga. Los dos equipos se enfrentarían para conseguir tan alto honor, aunque en desigualdad.

Robert Taylor aún no había comido. Ni pensaba hacerlo. Desde las doce que se puso ante el volante, allá en Southampton, no salió del coche. Pero ya llegaba a su destino.

Brentwood ya quedaba atrás. La siguiente ciudad era Chelmsford, el lugar donde él vivía. Cuando calculó mentalmente que había recorrido la mitad del camino entre ambos puntos, paró.

No se veía ninguna casa en las cercanías. Quizá más adelante... Pero no llevaría el coche. Prefería ir caminando, para pasar desapercibido.

Se metió campo a través. Hacía poco que llovió por aquella zona y

tanto su calzado deportivo como las perneras de los *jeans* quedaron llenos de barro. Pero valía la pena. Así nadie le vería.

Cerró la cremallera de la cazadora, al sentir violentos tiritones. Se había levantado un viento frío, cargado de humedad. El cielo aparecía encapotado de negras nubes, presagio de aguacero.

«No, si todavía lloverá...», renegó de su suerte el joven.

De pronto, se detuvo, con la vista fija en un punto delante suyo.

¡Allí estaba la casa!

«Pues vaya una porquería de lugar que han escogido como escondite», opinó el joven jugador de fútbol, al ver aquella pequeña casita hecha a base de troncos de árboles, cuya antigüedad era evidente, por su estado.

Sin duda había sido construida por algún dominguero, para pasar allí los fines de semana. Tenía una sola puerta y una única ventana, a cuyo través se podía ver el resplandor de un farol de gas.

Avanzó despacio, sin prisas, al ver una figura en la entrada. Acarició con la diestra la fría empuñadura de su revólver, escondido en la cazador...

Poco después, estaba a pocos metros de la casita, muy cerca de la ventana. Pudo oír claramente las voces de los que allí estaban.

—Ya llueve otra vez —gruñó el que estaba en la entrada—. En esta apestosa región solo llueve.

Robert sintió en su espalda la caída de las primeras gotas de lo que iba a ser una buena tormenta. Conocía demasiado bien aquella parte de las islas como para pensar otra cosa.

Poco después, llovía con más fuerza.

—¡Qué frío! —se quejó alguien dentro—. Voy a poner en la estufa la leña que queda.

—¿No hay más? —preguntó el de fuera, mirando el interior.

—No, esto es lo último.

—¡Pues estamos bien! Nos quedaremos tiesos aquí.

—Entra y cierra la puerta —dijo el de dentro, mientras metía la leña—. Así no se perderá el calor.

—Pero...

—Déjalo. Nadie pasa por aquí, ya lo has visto. Solo de vez en cuando se oye algún vehículo, pero eso es normal. La *Police* aún no sabe nada.

Robert sonrió. Se estaba quedando hecho una sopa, pero valía la pena. Ahora estaba seguro de estar delante de los secuestradores.

Pero... ¿dónde estaba Charles?

—¿Estás seguro? —preguntó el otro tipo, entrando al mismo tiempo dentro y cerrando la puerta—. ¿Y qué me dices de Dusty? ¿Dónde puede estar? No ha vuelto a llamar.

Bobbie empuñó el revólver, pero no lo sacó de la cazadora. Ahora todo estaba claro.

—Eso no quiere decir nada —se encogió de hombros el otro—. Lo más probable es que haya pasado la noche en los brazos de alguna furcia de turno.

—Sí —admitió el otro—, es posible. Pero sigo intranquilo.

—Olvídate de él, será lo mejor —le aconsejó su compañero—. Total, hoy será el último día que tengamos que pasar aquí. Mañana soltaremos al chico.

—Eso es lo que no entiendo —frunció el ceño—. ¿Por qué nos han hecho secuestrar al chico, para después soltarlo sin más? Ni siquiera han pedido rescate.

—Ya lo oíste —se encogió de hombros el otro—. El jefe manda, sea quien sea. Además, la suma que recibiremos bien vale el riesgo.

—A propósito, ¿cómo sigue el muchacho?

—Sigue encerrado —respondió su compañero, señalando una puerta al fondo—. Es una fiera. La última vez que le llevé la comida, intentó arrearme con una silla.

Robert estuvo a punto de soltar una carcajada, pero solo dijo:

—Bravo, muchacho.

—Se llama Charles Taylor, ¿no es cierto? —preguntó uno de los secuestradores.

—Sí, eso nos dijeron, al menos.

—El otro día leí algo sobre cierto Taylor... de un equipo de fútbol, me parece.

—¿Taylor? —intentó recordar—. No sé... ¿De dónde?

—No sé, lo leí de pasada, en la sección deportiva —se encogió de hombros—. Ya sabes que no me gusta el fútbol; yo soy americano, y lo mío es el béisbol.

—Taylor... —su amigo no le escuchaba—. Taylor... No recuerdo. ¿Quién será?

Y, de pronto, sucedió.

Se oyó un horrísono estrépito, el típico sonido de un cristal al romperse en mil pedazos. Y al estallido siguió una lluvia de vidrios, mientras una figura se colaba por el hueco producido.

El secuestrador americano echó mano a la pistola que ocultaba.

Un revólver llameó, enviando su mortífera carga de plomo. El americano cayó, dando una voltereta. De su hombro surgía un chorro escarlata.

Todavía se oía el estampido del disparo cuando el mismo arma encañonó a su compañero. Este levantó los brazos.

—Supongo que hablabais de mí, ¿no es cierto? —sonrió Bobbie, apuntando al secuestrador con su Python humeante.

—¿Qui... quién eres? —preguntó el tipo de los brazos levantados.

—Me llamo Robert Taylor —respondió el joven, mientras cogía el revólver del herido— y soy hermano del chico que aquí tienen secuestrado.

—Oye... amigo... Puedes marcharte con el chico. Nosotros también nos iremos y aquí no ha pasado nada... ¿De acuerdo?

—Ni hablar —Robert descerrajó de un tiro la puerta del fondo—. Es tarde para arrepentirse. Debisteis pensarlo antes.

Miró en el interior rápidamente, he hizo entrar a los dos secuestradores.

—Rápido, desatad a mi hermano —le ordenó.

Charles estaba atado a la cama con fuertes cuerdas, por las muñecas. Les miraba, con una sonrisa irónica en los labios.

—Sabía que vendrías, Bobbie —dijo—. Y no me equivoqué.

Le desataron.

—¿Te fue difícil dar conmigo?

—No —sonrió el futbolista—, todo el asunto era muy fácil de descubrir. Pero ellos contaban con que no se metiese la policía en el asunto. No contaron conmigo.

De pronto, pareció darse cuenta de algo y consultó su reloj. Fuera, seguía lloviendo.

—¡Cielos! —exclamó—. Debemos darnos prisa.

Entregó un revólver a su hermano.

—¿Sabes manejarlo?

—¡Claro! Lo vi en una de John Wayne —contestó el chico, divertido por la situación.

—Pues mantén a raya a estos tipos —le dijo Robert—. Y si te tiembla el dedo en el gatillo, no te preocupes; dispara y en paz.

—De acuerdo —aceptó Charles, siguiendo la corriente a su hermano, ante el pasmo y terror de ambos personajes, que se encontraron con el negro cañón de un revólver apuntándoles a la altura de la cabeza.

Robert cogió el teléfono y marcó un número determinado: el de la policía.

CAPÍTULO VI

Ya había comenzado el partido cuando llegó el joven al estadio del *Liberty Sport Club*. Según su reloj, eran ya veintisiete minutos los transcurridos desde el momento teórico en que el árbitro debía hacer sonar su silbato.

Faltaban, pues, dieciocho minutos para el final del primer tiempo. Y ambos equipos seguían empatados a cero. Al menos, eso le dijo un periodista que le abordó cuando entraba.

Se metió en los vestuarios, cambiando rápidamente sus mojadas ropas por la camiseta y pantalones de color azul del equipo de la *Unión*. En la espalda tenía el número catorce.

Estaba tranquilo. Más tranquilo que nunca. La policía le prometió no detener a Robertson hasta el final del partido, a menos que saliese antes del estadio, como favor especial. Su hermano estaría ahora viendo, junto a Chris, el partido, aquel decisivo partido, donde tanta lucha se vería recompensada... o no serviría para nada.

En ese momento, alguien entró en los vestuarios. Un jugador del cuadro azul, de su mismo equipo, que le miró con incredulidad. Junto a él iba el masajista de la *Unión*, que también le miraba de aquella forma.

—¡Bobbie! —se sorprendió Kendall, el jugador que había entrado—. Has venido. ¿Vas a jugar?

—Naturalmente —le miró el joven—. ¿Qué te sucede? Cojeas.

Kendall hizo una mueca de dolor.

—Sí, un defensa me barrió cuando intenté entrar en el área —se quejó el interior derecha teórico—. Me han sustituido por Cameron, que acaba de saltar al rectángulo.

Bobbie se alarmó.

—¿Cuántos cambios habéis hecho?

—Solo el mío —respondió el ocho azul—. No te preocupes y sal ya.

—Ahora mismo —se dirigió al masajista, que en esos momentos miraba el tobillo de Kendall—. Burt, ¿podrías avisar a Roger de que estoy aquí y que pida el cambio?

—Hazlo, Burt —le dijo Kendall, ante la duda del masajista.

—Está bien —salió corriendo.

Poco después, entraba McDonald, excitado.

—¡Bobbie! ¿Es cierto que has venido a jugar? —le preguntó, abrazándole.

—Sí, Roger. ¿Has pedido el cambio?

—Naturalmente. Sustituirás a O'Connors, que hasta ahora ocupaba tu lugar en el campo. Pero... ¿y tu hermano?

—Te lo explicaré después —no quiso perder tiempo el joven y salió al campo, seguido de su entrenador.

Una atronadora salva de aplausos fue la acogida que le dedicaron los *suporters* azules, contentos por su llegada. Robert sonrió y, sin esperar más, empezó los ejercicios de calentamiento en la banda.

Poco después, salía al campo. Poco antes, uno de los jueces de línea examinaba sus botas. O'Connors estrechó su mano, mientras salía.

—Suerte —le deseó.

Robert se santiguó y ocupó su posición en el campo.

En ese momento, la pelota la tenía el equipo verdiazul, por mediación de su centrocampista teórico, que se hallaba pegado a la banda izquierda. El jugador entregó el balón a uno de sus compañeros, situado más a la derecha.

Estaban a la altura de la línea media azul.

Johnny Firts, el defensa derecho o número dos de la *Unión*, le arrebató el balón limpiamente, de la punta de la bota, al jugador del *Liberty*. El cuero fue después para McGraft, en un pase muy largo...

Uno de los jueces de línea levantó su bandera y el árbitro señaló el claro «fuera de juego» en que se encontraba el cinco de la *Unión*. La pelota quedaba, pues, para el otro equipo.

Sacaron rápidamente los jugadores verdiazules. Era evidente que se hallaban nerviosos. Su entrenador nada les había dicho de que jugaría Bobbie Star aquella noche.

Uno de los jugadores, voluntariamente, le marcaba para no correr riesgos, pero Star tenía fama de ser escurridizo como una anguila. Y pronto pudieron comprobarlo los integrantes del cuadro contrario.

La llegada de Star levantó los ánimos al conjunto azul, que a partir de aquel momento mostraron su buen juego dentro del rectángulo de césped. Los ataques no se hicieron esperar.

En el minuto treinta y dos aproximadamente, Carl Kosff, el Tigre alemán, el medio derecho de la *Unión* envió a córner el balón para terminar con un peligroso ataque del conjunto local. El saque de esquina se sacó enseguida, siendo rechazado por un defensa azul.

La pelota volvió a poder del *Liberty*, al recuperarla su extremo izquierdo teórico, que se hallaba en la posesión del centrocampista. Este internó pasar a un compañero desmarcado, abriendo el juego hacía la derecha... Pero la cabeza de Kosff se interpuso, enviando el cuero hacia la línea media que separaba los dos campos.

Allí recibió un jugador de camiseta azul el esférico: Oliver McGraft, el

número cinco, que arrancó con el balón en los pies sin esperar ni un segundo, cruzando el semicírculo central del campo contrario, reduciendo espacio hasta la meta verdiazul a cada zancada de sus poderosas piernas, acostumbradas a tales esfuerzos. Parecía una bala azul desplazándose a velocidades vertiginosas. Tras él iban los jugadores del *Liberty* para defender su meta, y sus propios compañeros.

Llevaba una gran ventaja. Y cada vez estaba más cerca la portería contraria. Pero, por desgracia, un defensa, más adelantado que sus compañeros, le entró con los pies por delante, arrebatándole el esférico con limpieza.

Recuperó Star el balón, a pesar de todo. Pero la ventaja ya se había perdido. Los defensas ya estaban en su campo, preparados para repeler el ataque.

Bobbie oyó entonces los aplausos. Venían de las gradas.

¡Le aplaudían a él! Eran los seguidores de la *Unión*, que sentían sus colores. Todas aquellas personas esperaban la victoria del equipo, de su equipo. Y sabían que él, el crack, podía ser el protagonista de aquel encuentro tan importante, donde se jugaba nada menos que el título de campeón de Liga.

Burló a un defensa, introduciéndose aún más en el césped verdiazul. Retrasó después la pelota hacia McGraft, que disparó sin parar y...

—¡UUUYYYYY...! —gritó el público, decepcionado.

El saque de puerta para el «meta» verdiazul.

Los jugadores de la *Unión* retrocedieron. Star fue el único que quedó en la delantera. El cancerbero del *Liberty* envió con el pie el cuero un poco más allá del círculo central.

Rechazó Danny el balón con la cabeza, esperando que McGraft, que se hallaba muy cerca, la cogiese. Pero el número once del *Liberty* también tocó ligeramente con la frente, enviándosela a un compañero, en la línea media de la *Unión*. Penetró el delantero centro, controlando el blanco objeto, en la posición teórica del volante izquierdo. Centró, con la intención de que su capitán, el cinco verdiazul, rematase de bolea. Pero Harrison, el portero —y capitán, al mismo tiempo de la *Unión*, salió, muy seguro, blocando el balón en el aire.

Hubo aplausos para el cancerbero, que había demostrado una vez más ser uno de los mejores porteros británicos. Harrison envió el esférico con la mano a Kosff, que se lo devolvió para no correr riesgos, ante la entrada de un contrario.

Envió entonces Harrison el cuero con el pie, en un *chut* impresionante que lo mandó hasta el campo contrario. Lo recogió Curtis, el número siete, a la altura de la línea verdiazul, pero no controló y salió por la banda.

Sacó un jugador contrario con las manos, enviando a su capitán, que se

hallaba ocupando el puesto del interior derecho. Controló este, raseando el balón, iniciando el ataque, enviándolo de un fuerte patacón al círculo central. Allí lo recogió un compañero. Exactamente, el número diez del conjunto entrenado por Robertson.

Ante él estaba Star que, con mucha picardía, le agarró de los pantalones. El jugador, naturalmente, se paró y el joven delantero de la *Unión* se llevó el balón. Pero el silbato arbitral señaló la infracción.

Bobbie suspiró, aguantando el chaparrón de silbidos e improperios que le lanzaban los «hinchas» verdiazules. Miró entonces hacia las gradas, a la altura del banquillo del *Liberty*. Vio allí a Robertson, cuya palidez se advenía incluso a aquella distancia. Algo más arriba estaba Valentine, que le saludó.

Se quedó mirando a Robertson. Este sudaba como un cordero en el matadero. Y quedó rojo de ira al ver el gesto del joven crack que se burlaba de él, haciéndole un gesto harto significativo. Tenía el puño cerrado, con el pulgar levantado. De pronto, hizo un giro con la muñeca y señaló hacia abajo con el pulgar, emulando a los Césares de la antigua Roma durante el transcurso de los Juegos.

—Veni, vidi, vinci[1] —murmuró el joven.

Y se volvió, al mismo tiempo que el interior izquierdo teórico sacaba la falta, enviándosela a un defensa incorporado al ataque. Avanzó este, aludiendo la entrada de un jugador azul.

Se fue un poco hacia la izquierda, buscando un sitio por dónde entrar mejor en el área. Hizo un amago, engañando a uno del equipo capitaneado en aquella ocasión por Harrison, el guardameta azul, y envió el balón hacia la derecha, abriendo el juego en esa zona. Recibió el pase el extremo derecho —o sea, el siete—, que se hallaba en su lugar dentro del campo.

Gordon, el defensa de la *Unión*, fue hacia él. El balón estaba muy cerca de la línea de gol y sería muy fácil enviarlo a córner. Pero el jugador verdiazul le regateó con habilidad y centró perfectamente.

Varios jugadores saltaron para cabecear. Uno de ellos, un alto jugador del *Liberty*, desvió el centro, con intención de colar el balón en la portería defendida por Harrison.

Saltó el guardameta.

No hizo falta. El balón pasó por encima de la portería, saliendo directamente fuera.

Cogió el cuero Harrison. Los verdiazules ya retrocedían, por lo que envió el esférico a Tigre Kosff, el fichaje alemán de la *Unión*, que, sin pararlo, lo mandó a McGraft, el jugador escocés con el número cinco en la espalda. Este se hallaba muy cerca del círculo central, aunque en propio campo.

Le salió al paso su marcador, por lo que pasó a Ken, el medio izquierdo

de su equipo, que se hallaba cerca. Ken, después, se la devolvió, en una pared perfecta.

Pero un borceguí verdiazul le arrebató el balón. McGraft trastabilló, pero no cayó. Era demasiado noblote para fingir, aunque lo disimulara muy bien en ciertas ocasiones. A pesar de todo, lo único que hizo fue mascullar algo sobre la madre del jugador contrario.

Star se encontraba en esos momentos ante el jugador que tenía el balón. Iba directo hacia él, a toda carrera, para impedirle el paso. Cuando se hallaban casi juntos, el otro jugador intentó el regate. Bobbie engatilló un potente derechazo.

El verdiazul saltó, para evitar el patadón. Pero Bobbie no llegó a darle. En lugar de eso, mientras el otro estaba en el aire, se apoderó tranquilamente del cuero.

Sonrió para sí. Pocas veces usó aquel truco a lo largo de su corta carrera futbolística, pero, siempre que lo utilizó, le salió cien. Nunca fallaba.

Comenzó a correr como una flecha. Regateó, sin parar en ningún momento, a dos jugadores contrarios, con autopases medidos, calculados. Paró muy cerca del área, pero antes pasó el balón hacia la derecha, pues vislumbró de pasada una camiseta azul a ese lado.

Era McGraft, que paró aquel balón precioso durante unas décimas de segundo, las suficientes como para que Bobbie Star, el joven nueve, se metiese en el área. Bombeó entonces el esférico por encima de los defensas verdiazules.

Bobbie vio salir de su marco al cancerbero del *Liberty* con el rabillo del ojo y aprovechó aquel «pase de la muerte» que le ofrecía en bandeja Bota de oro. Ya el portero saltaba para coger el balón cuando Bobbie lo cabeceó, enviándolo hacia la derecha.

Allí estaba Curtis, el siete de la *Unión*, que lo cazó de bolea. Restalló su bota contra el cuero, produciendo un sonido muy parecido a un disparo. El portero estaba batido, demasiado lejos para parar aquel proyectil blanco, que besó las mallas por vez primera en aquel partido.

—¡GGGOOOOLLLLL...! —fue el rugido ensordecedor lo que surgió de los graderíos.

Los jugadores se abrazaron, exultantes de gozo, sin disimular su alegría. Curtis desapareció bajo una avalancha humana. Banderines azules aparecieron en todo el estadio, mientras un sector importante del púdico gritaba: «¡Campeones, campeones!»

Era el gol de la esperanza para la *Unión*, que ya subía al marcador electrónico del estadio. Dos puntos subirían a la puntuación total de la clasificación de Liga si ese resultado se mantenía, convirtiéndoles en campeones.

McDonald, en el banquillo, abrazaba a los suplentes, al masajista... No

lo creía.

Para el *Liberty*, aquel gol inesperado era desmoralizador. Cuando tenían al alcance de la mano el título, se daban cuenta de que se les escapaba como el agua.

Pero aún no había acabado el partido. El árbitro señalaba el centro del campo, para que el *Liberty* sacase el balón desde allí. Lo hicieron con rapidez, iniciando un ataque relámpago contra el cuadro azul, pero Bobbie, incorporado esta vez, y contra su costumbre, a la defensa, rechazó de un potente patadón el ataque.

Pocos segundos después, el juez de la contienda hacía sonar el silbato, señalando el fin del primer tiempo. El resultado estaba en el marcador: cero-uno a favor de la *English Unión*. Gol conseguido en el minuto cuarenta y cuatro de la primera parte.

Entraron los jugadores en los vestuarios: los del *Liberty*, silenciosos, y animados los de la, conversando alegremente entre sí. Bobbie miró, ceñudo, al entrenador verdiazul, que daba instrucciones a sus hombres. No parecía importarle en aquellos momentos lo que significaba para él la presencia del joven Star en el equipo azul. Solo pensaba en su equipo, en el partido...

Robert, por mucho que le hubiera hecho aquel hombre, no pudo evitar sentir cierta admiración hacia él. Todo lo había hecho por su club, por el equipo...

Se preguntaba si él sería capaz de hacer algo parecido por sus colores. No supo responderse a sí mismo. Ni tampoco quiso.

Una toalla mojada se estrelló contra su rostro, cogiéndolo de sorpresa.

—Se la jugaste al *Liberty*, ¿eh? —rio McGraft, el autor de la broma—. Apuesto a que todo estaba dispuesto de antemano para sorprender a los verdiazules. Lo de la lesión es un rollo. Ni siquiera cojeas.

—Mañana leerás en los periódicos la verdad —les prometió el joven—. Por ahora, solo debemos pensar en los siguientes cuarenta y cinco minutos. Todo lo demás no debe existir para nosotros.

—Tienes razón —se mostró de acuerdo Roger—. El segundo tiempo será más difícil que el anterior. Habrá que tener mucho cuidado. El juego del Liberty es muy limpio, pero también muy seguro y calculado. Lo más seguro es que refuercen la delantera, cosa que hará más peligroso cualquier avance.

—¿Reforzarás la defensa, entonces? —preguntó McGraft.

—Sí. Los dos cambios ya están hechos, pero haremos algunas modificaciones en la estructura del juego. Habrá cuatro hombres situados en todo momento cerca de la portería: los dos defensas teóricos y los medios. Otros cuatro estarán en medio campo y seréis los interiores, el centrocampista y tú, Bobbie. Los dos extremos quedarán arriba, pero

también bajarán a defender.

»En caso de ataque fuerte, los cuatro del centro subiréis. McGraft, tú organizarás los ataques.

—De acuerdo —accedió el escocés—. ¿Los marcajes...?

—Los mismos que hasta ahora —respondió el entrenador—. Respecto a ese asunto, estoy contento con vuestra actuación. Seguiréis marcando a los mismos hombres, sobre todo a Johnson, el número diez. Tiene una zancada muy larga y gran resistencia física, tal como visteis en los vídeos que os pasé el otro día.

—¿El que estuvo a punto de dejarme sin pantalones? —se extrañó el joven delantero.

—Ese mismo —afirmo el entrenador—. Parece un proyectil cuando corre. Cuando coja el balón, iréis dos hombres a arrebatárselo.

—Si no te importa, iré yo —se ofreció Bobbie—. Era Gordon el otro, ¿no?

—Sí, está bien Os encargaréis los dos del señor Johnson.

* * *

Comenzó la segunda parte. El equipo que movía el balón era el *Liberty*, por mediación de su capitán, el centrocampista verdiazul. Recibió el esférico el número echo, ya en campo enemigo, devolviéndolo después a su capitán, que avanzó en césped azul, buscando una zona por dónde atacar.

Se revolvió cuando vio venir a Star hacia él y la envió hacia la izquierda, retrasándola un poco, donde la cogió el seis del equipo local.

Bobbie vio muy cerca suyo a Johnson, el interior izquierda del *Liberty*.

Estuvo a punto de echarse a reír. Dos jugadores que normalmente jugaban de líberos, ahora se marcaban mutuamente.

Desde el comienzo de la segunda parte hubo algunas fricciones entre los dos equipos. Se empezaba a vislumbrar un juego subterráneo en el encuentro. Sobre todo por parte del *Liberty*.

A Bobbie no se le escaparon los verdaderos motivos de aquellas zancadillas disimuladas, los empujones a escondidas... Todo era para poner nervioso a la *Unión*.

Él mismo estuvo a punto de perder los nervios ante una entrada poco deportiva de Johnson. El jugador verdiazul, después de arrebatarle sin demasiadas complicaciones el cuero, le empujó al ponerle la mano izquierda en el pecho.

El árbitro —a él le constaba aquel detalle— no vio nada, porque el verdiazul supo hacer bien su felonía. Bobbie apenas pudo contener sus deseos de machacarte el hígado al número diez.

Por desgracia, el temperamento que circulaba por las venas de McGraft no le permitía andarse con remilgos y agredió a un jugador del *Liberty* sin

motivo aparente alguno. Solo un sector del público silbó la decisión arbitral al ver la tarjeta roja en la mano del colegiado.

El árbitro, inflexible, continuaba con la fatídica cartulina en alto, señalando al escocés que abandonara el terreno de juego. McGraft, con las mandíbulas encajadas por el furor, acató la orden sin protestar.

Bobbie se acercó al número cinco escocés antes de que saliera por la banda.

—Me empujó varias veces, Bobbie —le dijo Oliver, con lágrimas en los ojos—. Y yo no tenía el balón.

Fue así como la *Unión* quedó solo con diez hombres en el terreno de juego. Quedaba así mermada su fuerza.

Roger le dio algunas instrucciones desde la banda.

—Ahora eres tú el que debe organizar el juego, Bobbie. Hazlo a tu gusto. Tienes carta blanca.

No esperó. Comenzó a dar órdenes incluso antes de que el equipo verdiazul sacase la falta.

Colocó cinco hombres en la defensa, con órdenes de atajar, a cualquier precio, las incursiones del *Liberty*. Pero fuera del área de *penalty*. Los cuatro que quedaban se ocuparían del ataque.

Tres de la defensa subirían al ataque, desplegados, cuando algún balón fuese recuperado en campo propio.

Rondaba ya el minuto treinta cuando cayó sobre el cuadro azul el jarro de agua fría, en forma de un gol que fue imposible de parar por el guardameta de la *Unión*, en una jugada muy buena del interior izquierdo Johnson, autor del gol, realizado por la escuadra derecha del marco defendido por Harrison.

Robert miró al entrenador verdiazul. Sonreía. La ira invadió su pecho.

¡No podía ganar el *Liberty*! ¡No podía!

De nuevo la ventaja estaba para el equipo local, que con el empate se llevaría el título de campeón de aquella Liga. A partir de aquel momento, la defensa verdiazul se reforzó, de forma que parecía inexpugnable.

Una sorda furia dominaba al joven crack, haciéndole olvidar el cansancio que sentía, dándole nuevas fuerzas. En dos ocasiones estuvo a punto, espoleado por su afán de victoria, de batir la meta contraria.

La primera ocasión fue desviada a córner por el cancerbero verdiazul. El segundo disparo que pudo convertirse en gol ¡se estrelló contra el travesaño con tal fuerza que toda la portería vibró y las mallas se movieron a causa del golpe!

La desgracia parecía cernirse sobre el conjunto de la *Unión*. El desconsuelo era evidente y los hombres del equipe azul se sentían abatidos, seguros de la derrota.

Pero los ánimos de Bobbie Star les obligaba a luchar contra lo

imposible.

Y faltaban tres minutos para el final del encuentro, cuando lo imposible se convirtió en realidad.

Johnson recibía en ese momento el balón, en un pase largo de sus compañeros, para que iniciara una nueva ofensiva. Pero Star metió la bota, golpeando el cuero y entregándoselo a un jugador de su equipo.

Johnson cayó al suelo y protestó, alegando que había sido zancadilleado. Pero la jugada fue limpia y así lo vio el colegiado, que dejó seguir el juego. Corrió Bobbie como una centella, aprovechando que su marcador continuaba en el suelo.

El defensa de la *Unión* que tenía el balón se lo pasó a Kosff, ya dentro del campo del *Liberty*. El alemán, pegado a la banda derecha y seguido por dos defensas, pudo regatear a uno, acercándose a la línea de gol y centrando cuando ya la pelota rozaba dicha línea.

Bobbie recibió el cuero, matándolo con el pie, hizo el puente a un jugador verdiazul, se acercó más al área, sin meterse en ella, golpeó ligeramente el balón, desplazándolo un poco bacía la derecha... y le arreó un patadón más fuerte de su vida, al concentrar toda su furia en aquel disparo.

Creyó que su pie se rompía, pese a la protección del borceguí, pero no le importó. Sobre todo cuando vio que su disparo perforaba la defensa verdiazul y se introducía en la portería, sin que el guardameta pudiese hacer nada.

—¡GGGOOOOLLLLL...! —gritó, cayendo de rodillas en el césped.

Aquel fue el gol de la victoria.

Ya nada podía hacer el cuadro verde y azul, aunque lo intentaron. Pocos minutos después, el árbitro decretaba el final del partido.

Final del partido y final de la Liga.

El público azul invadió el césped minutos después, sin importarle las vallas que separaban el terreno de juego de las gradas. Todos los jugadores fueren llevados en volandas, mientras gritaban:

—¡*UNIÓN*, CAMPEÓN!

F I N

RELOJ ALARMA

Este reloj digital de cuarzo liquido con avisador programado y cuatro pulsadores dispone de las siguientes funciones: Hora, minutos, segundos, n.º de mes, dia del mes, dia de la semana, programador de alarma y luz para la noche.

Ref. 2.077

sólo 2.200,— pts





MINI RELOJ DE PENDULO

Bellisimo reloj que simula un reloj de pendulo de cuco, funciona a cuerda y el pendulo y la palomita superior están en continuo movimiento. Finamente decorado a mano este simpatico reloj reproduce una casita tirolesa con elementos en relieve. Por sus pequeñas dimensiones (150 × 110 mm) es ideal para dar una nota de alegria a las habitaciones juveniles.

Mini Reloj de Péndulo

Ref. 2.279

por sólo 1.750,- pts.



RELOJ DIGITAL PARA SEÑORITA

Con caja y pulsera de acero inox. de bellisimo diseño. Tiene cinco funciones: Horas, minutos, segundos, mes y dia del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.053

sólo 1.150,— pts



RELOJ DIGITAL PARA CABALLERO

Resistente reloj de caja y pulsera en acero inox. Con cinco funciones: horas, minutos, segundos, numero del mes, dia del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.052

sólo 1.150,— pts

Condiciones para America, pedir información.

Sr. Director: Acogiéndome a sus ofertas y teniendo en cuenta las garantías que me ofrece, le ruego me envíe a mi domicilio los artículos que le detallo a continuación, así como los regalos que me correspondan de acuerdo con el importe de mi pedido.

REF.	ARTICULO	PRECIO
PAGO REEMBOLSO	GASTOS DE ENVIO	150
	IMPORTE TOTAL	

Nombre ______________________ Edad ______

Domicilio ______________________ Tel. ______

Población ______________________ Dto. Postal ______

Provincia ______________ Fecha de pedido ______________

Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

Notas

[←1]

Famosa frase de Julio César, que ha pasado a la historia. «Llegué, vi, vencí». (N. del A.)